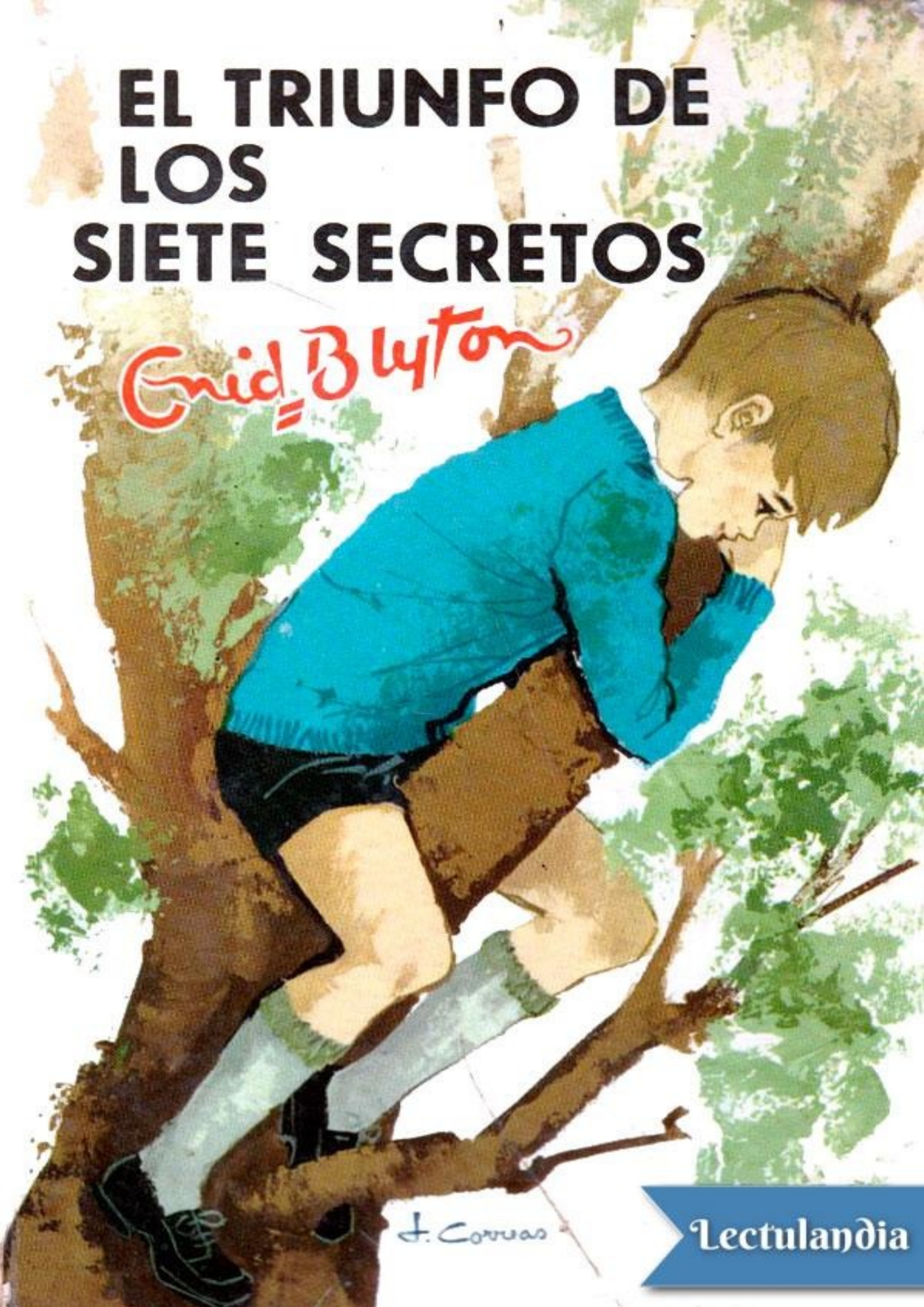


EL TRIUNFO DE LOS SIETE SECRETOS

Enid Blyton

J. Correas

Lectulandia



¡Qué terrible sorpresa para los Siete Secretos! Todo está patas arriba en su cobertizo porque el jardinero tiene que reformarlo. ¡Precisamente ahora, durante las vacaciones de Pascua, cuando más necesitan su local! Es urgente buscar un nuevo lugar de reuniones. Tras pensarlo detenidamente, deciden trasladarse a la cueva que Peter y Janet encontraron en la cantera abandonada. Su entrada está oculta por enredaderas y el suelo es de arena fina. ¡Un lugar ideal para sus reuniones secretas! Sin embargo, al día siguiente, los chicos descubren que varias de sus cosas han desaparecido. ¿Quién estuvo en la cueva? Los Siete Secretos piensan descubrirlo..., aunque este misterio es un caso difícil.

Lectulandia

Enid Blyton

El triunfo de los Siete Secretos

Siete Secretos - 7

ePub r1.2

Titivillus 19.08.15

Título original: *Secret Seven win through*
Enid Blyton, 1955
Traducción: Federico Ulsamer
Ilustraciones: Bruno Kay

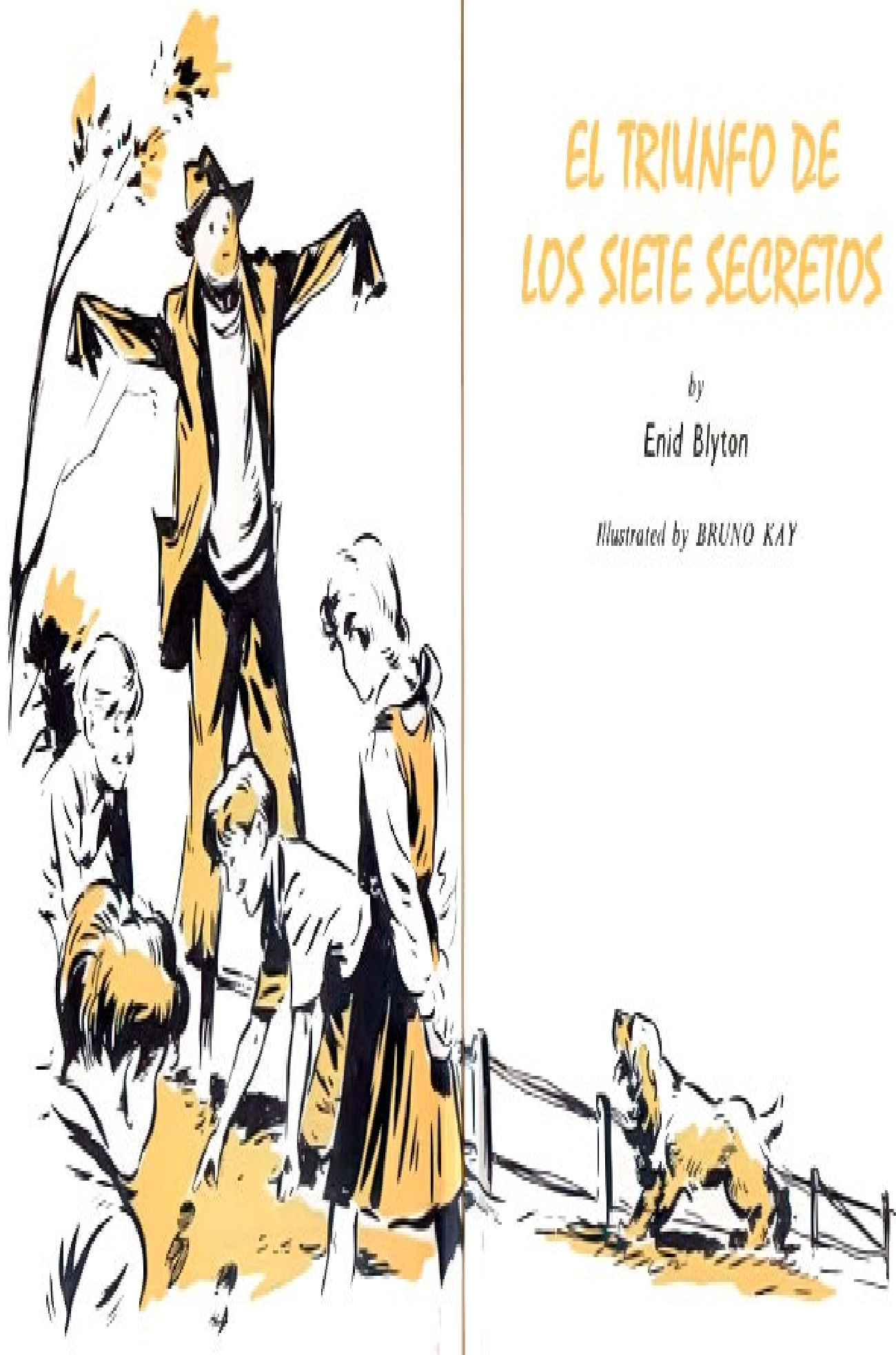
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EL TRIUNFO DE LOS SIETE SECRETOS

by
Enid Blyton

Illustrated by BRUNO KAY



C. S. S. significa «CLUB SIETE SECRETOS».

Ésta es la séptima novela de Enid Blyton para la colección «SIETE SECRETOS».

Los títulos son:

El Club de los Siete Secretos.

Una aventura de los Siete Secretos.

¡Bien por los Siete Secretos!

Los Siete Secretos sobre la pista.

Un misterio para los Siete Secretos.

¡Adelante, Siete Secretos!

¡Buen trabajo, Siete Secretos!

El triunfo de los Siete Secretos.

Tres «hurras» para los Siete Secretos.

Un rompecabezas para los Siete Secretos.

Los fuegos artificiales de los Siete Secretos.

Los formidables chicos del Club de los Siete.

Un susto para los Siete Secretos.

¡Cuidado Siete Secretos!

Los Siete Secretos se divierten.

Todos estos libros tienen por protagonistas a los siete mismos personajes y a su perro, *Scamper*, pero cada volumen constituye una aventura completa e independiente. Yo confío que éste os guste tanto como los demás.

Enid Blyton
=

Empiezan las vacaciones

—¡Al fin! ¡Vivan las vacaciones de Pascua! —exclamó Peter—. Creía que no iban a llegar nunca. ¿No te ha parecido a ti lo mismo, Janet?

—¡Desde luego! El curso ha sido horriblemente largo. Pero al fin han llegado las fiestas. ¿Verdad que es emocionante el primer día de vacaciones, Peter?

—¡Y tanto! Noto dentro de mí un agradable sentimiento de libertad. Quisiera que los días festivos no terminaran nunca. ¡Vamos a divertirnos horrores, Janet!

—¡Será estupendo! Abril es un mes magnífico. No hace frío, el sol es brillante y mamá nos dejará ir de merienda siempre que queramos. ¿Oyes, buen «Scamper»? He dicho ir de merienda, lo que significa para ti poder perseguir a los conejos hasta que te hartes.

—¡Guau, guau! —ladró «Scamper» moviendo la cola y abriendo sus brillantes ojos.

—Eres el mejor perro del mundo —exclamó Janet, acariciándole la dorada cabeza—. Me encanta ver cómo te cuelgan esas orejotas tan largas. ¿Te alegras de que tengamos vacaciones, «Scamper»?

—¡Guau! —volvió a ladrar el perro mientras su rabo tamborileaba en el suelo.

—Los Siete Secretos debemos celebrar una reunión cuanto antes —dijo Peter—, mañana mismo si es posible. Las meriendas y excursiones son mucho más divertidas cuando las hacemos todos juntos.

—¡Eso! Reunámonos en seguida. Entre los exámenes y pitos y flautas nos hemos olvidado de nuestro club —se lamentó Janet—. Te confieso que en las tres últimas semanas no he pensado en él ni una sola vez. ¡Carámbolis, ni siquiera me acuerdo de la contraseña!

—¡Pero Janet! ¿Es posible que la hayas olvidado?

—Dímela, Peter —suplicó Janet. Y como su hermano se negara a decírsela, añadió—: Estoy segura de que tú tampoco la sabes. Te apuesto lo que quieras a que también la has olvidado y por eso no puedes decírmela.

—No te la diré: habrás de recordarla tú misma si quieres asistir a la reunión de mañana. ¿Dónde tienes la insignia? Estoy seguro de que tampoco lo sabes. A lo mejor, la has perdido.

—¡Yo qué he de perder! —replicó Janet, indignada—. Tengo la insignia, pero me apuesto cien contra uno a que otros miembros del club no la tendrán. Siempre ocurre así cuando estamos mucho tiempo sin reunirnos.

—Bueno, escribe las convocatorias. Celebraremos la reunión mañana por la mañana. ¿Tienes papel y lápiz, Janet?

—Sí, pero no tengo ganas de escribir en mi primer día de vacaciones. Hazlo tú. A ti incluso te gusta.

—Tú las escribes y yo las reparto —ordenó Peter.



—¡Qué pesado eres! Si has de ir de casa en casa, ¿para qué perder tiempo escribiendo citas? Cítalos de palabra.

—Bueno, así lo haré —aceptó Peter—. Pero, desde luego, habría resultado más oficial invitarles por escrito. ¿A qué hora nos reunimos?

—A la diez y media: es la hora mejor —contestó Janet—. Y advierte a Jack que procure que no se entere Sussy, su antipática y entrometida hermana. Sería capaz de inventar alguna contraseña de mal gusto e ir diciéndola a voz en grito.

—Bien, se lo advertiré —dijo Peter—. Esa Sussy es un demonio. No sé cómo se las arregla para descubrir todos los secretos de nuestro club.

—Para nosotros sería mejor tenerla dentro del club que fuera —dijo Janet—. Pero no debemos admitirla de ningún modo.

—¡Desde luego! Ni debemos ni podemos. Si ella ingresa, ya no seríamos los Siete Secretos.

—¡Guau! —intervino «Scamper».

—Dice que él forma parte del club, aunque haga el número ocho —tradujo Janet—. Pero tú eres como un apéndice, «Scamper», aunque reconocemos que sin ti no podríamos hacer nada.

—Bien, voy por mi «bici» —exclamó Peter, levantándose—. Iré de casa en casa y los avisaré a todos. ¿Vienes, «Scamper»?

Y se alejó pedaleando para recorrer los domicilios de todos los componentes del club. Primero fue a casa de Colin, el cual acogió con entusiasmo la noticia de la reunión.

—¡Bravo! —gritó—. ¿A las diez y media? ¡Conforme! No faltaré. Pero oye: ¿cuál era la contraseña?

—¡Tienes todo el día para pensarlo! —gruñó Peter. Y se dirigió a toda prisa a casa de Jack. Este estaba en el jardín, poniendo un parche al neumático de su

bicicleta. Se llevó una gran alegría al ver a su amigo.

—Reunión de los Siete Secretos. Mañana por la mañana, a las diez y media, en el cobertizo de nuestro jardín —anunció Peter—. Espero que traerás tu insignia, a menos que la metomentodo de tu hermana Sussy te la haya birlado.

—La llevo siempre puesta —respondió Jack, muy ufano—. Por las noches la prendo en mi pijama para no perderla. Pero, dime: ¿cuál era la contraseña?

—¡Yo la sé! ¡Yo la sé! —dijo una voz desde la copa de un árbol.

Los dos muchachos miraron hacia arriba y vieron la sonrisa burlona de Sussy entre el ramaje que se extendía sobre sus cabezas.

—¡Eso no es verdad! ¡No la sabes! —gritó Jack, furioso.

—¡Sí que la sé! ¡Sí que la sé! —insistió la voz chillona de Sussy—. Pero no pienso decírtela. Así no te dejarán entrar. ¡Ay, qué risa!

Peter siguió recorriendo en su bicicleta las casas de los miembros del club. ¡Qué pelma de chica! Aquella Sussy era la misma peste.

Un golpe terrible

A la mañana siguiente, Peter y Janet lo prepararon todo para la reunión. A los socios del club les parecía que sus reuniones no lo eran del todo si no las acompañaban de abundante comida y bebida que iban consumiendo mientras conferenciaban. La madre de Janet y Peter siempre era generosa en estas acciones y les daba galletas, bizcochos y limonada. Por eso fueron en su busca.

—Ha salido —dijo la cocinera, suspendiendo su picadillo de perejil—. Me encargó que os dijera que regresaría pronto. Estabais al final del jardín y no la oísteis cuando os dijo adiós.

—¡Qué mala pata! —se lamentó Peter—. Los Siete Secretos tenemos reunión y necesitábamos algo para comer y beber.

—Si sólo es eso, yo os lo puedo solucionar —dijo la cocinera con una sonrisa—. Ahí tenéis una bandeja de bizcochos que están para chuparse los dedos. Los acabo de hacer. Además, en la despensa encontraréis limones y azúcar para hacer limonada.

—¡Estupendo! —exclamó Janet—. Yo me encargo de eso. Lo haré con agua caliente y la dejaré enfriar. ¿Podrías darnos algo más?

—Empanadillas de jamón —repuso la cocinera, continuando su picadillo—. Pero sólo hay cuatro. Es todo lo que quedó de la cena de anoche.

—¿Cuatro? Ya nos arreglaremos —dijo Peter—. Las partiremos por la mitad y saldremos a media por barba. Luego...

—¡Guau, guau! —interrumpió «Scamper».

Los tres se echaron a reír.

—No te preocupes, tendrás tu ración: la octava mitad será para ti. No se te escapa nada cuando hablamos.

Janet empezó a preparar la limonada. Peter se encargó de los bizcochos y de las empanadas. Estas las cortó por la mitad y las fue colocando en una fuente.



—Vamos, Janet; ya es casi la hora.

—Peter, por favor, dime la contraseña. Lo siento mucho, pero se me ha olvidado por completo. Dímelas.

—No te la diré —repuso Peter—. Puedes dar gracias a que estarás dentro del cobertizo desde antes de empezar la reunión. Pero oírás cómo la dicen los demás, y así te avergonzarás de tu olvido.

—¡Eres un antipático! —refunfuñó Janet—. ¿Verdad, «Scamper», que es un antipático?

«Scamper» no contestó.

—¿Ves? —exclamó Peter, triunfante—. Nunca dirá que soy un antipático. Anda, vámonos. No podemos esperar ni un minuto más.

Janet continuó su trabajo en silencio. Fue exprimiendo limones de modo que el zumo cayese en siete vasos colocados en una bandeja, y salió de la cocina cuando ya su hermano estaba fuera.

—¡Gracias por todo, chachita! —exclamó mientras bajaba con gran cuidado los escasos escalones que comunicaban la cocina con el jardín.

Peter estaba ya muy lejos. Iba por el sendero que, zigzagueando entre los arbustos, conducía al fondo del jardín donde estaba el local de las reuniones: el viejo cobertizo. En la puerta destacaban las iniciales del club: «C. S. S.». ¡Cuántas veces se habían reunido allí los Siete Secretos para planear sus emocionantes hazañas!

Janet seguía el mismo camino, paso a paso para no derramar la limonada. De pronto oyó que Peter lanzaba un grito de espanto y lo vio detenerse.

—¿Qué pasa? —preguntó acelerando el paso, de modo que pronto llegó ante el cobertizo. Allí se detuvo horrorizada.

La puerta estaba abierta; las ventanas, también. Todo aparecía revuelto y

amontonado en el suelo con el mayor desorden. Cajas, cajones y sacos formaban un revoltijo espantoso. ¿Qué había ocurrido?

Janet dejó la bandeja en el suelo, temiendo que se le cayera de las manos, y miró desconsolada a Peter.

—¿Quién habrá hecho esta atrocidad? ¡Precisamente hoy que tenemos reunión! ¡No hay derecho!

Peter echó una mirada al interior. Nada estaba en su sitio, excepto los estantes, que seguían clavados en la pared. Estaba perplejo.

—Oye, Janet, no puedo creer que esto sea obra de Sussy. ¿Y tú? A mí me parece que ni ella ni nadie pueden atreverse a hacer una barbaridad como ésta.

—Pues yo la creo muy capaz —murmuró Janet a punto de echarse a llorar—. ¡Oh, cómo han dejado nuestro querido club!

—Aquí vienen los otros —dijo Peter, señalando a Pamela y Bárbara, que aparecieron en el camino.

También ellas se quedaron pasmadas ante el tremendo desorden.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —preguntó Bárbara—. ¿Es que hemos llegado demasiado pronto?

—No. Ahora mismo acabamos de descubrir este zafarrancho —se lamentó Peter. Y añadió—: Aquí viene Jack. Oye, mira qué desastre.

—¡Carambola! —exclamó Jack—. ¿Quién ha hecho esto? Seguro que no ha sido Sussy. Ha estado conmigo desde que se ha levantado hasta ahora.

En este momento llegaron Colin y Jorge y, como sus cinco compañeros, se quedaron mirando tristemente el cuadro lamentable que ofrecía el local del club.

—Lo mejor será que empecemos en seguida a arreglar las cosas —dijo Janet—. Luego ya averiguaremos quién ha sido el culpable de este estropicio.

Ya habían empezado a poner las cosas en su sitio, cuando oyeron pasos en el sendero. ¿Quién sería? Peter salió a averiguarlo. Era el jardinero. Llevaba una escoba al hombro y un cubo de agua en la mano. Dos bayetas colgaban del asa del cubo. Se quedó mirando a los niños con un gesto de contrariedad.

—¡Eh! ¿Qué hacéis ahí? Hay que sacar todos esos trastos.

—¿Por qué? —preguntó Peter, indignadísimo—. Este cobertizo es el local de nuestro club y lo que está en el suelo no son trastos, sino nuestro mobiliario.



—¡Ah! Entonces perdonadme: yo no sabía nada. Vuestro padre me ordenó que arreglara este cobertizo: que quemara lo que no sirviera y pintase las paredes. Me dijo que amenazaba ruina y que debíamos limpiarlo y arreglarlo bien.

—Siendo así... —murmuró Peter, compungido.

Si su padre había ordenado aquella limpieza, tendría que resignarse. Y dijo a sus compañeros:

—Hay que buscar otro local de reunión. Como van a arreglar el cobertizo, tenemos que chincharnos. ¡Que mala pata!

—No te preocupes —dijo Colin—... Ya verás como encontramos otro sitio tan bueno como éste.

Pero nadie estuvo de acuerdo con él. Todos creían que no encontrarían para sus reuniones otro lugar como el cobertizo.

Los siete, seguidos de «Scamper», que iba con el rabo entre las piernas, echaron a andar por el sendero. Estaban descorazonados. ¡Tan estupendo como era el cobertizo!

—Bien —dijo Peter—. Vamos a la glorieta.

—¡Mira, allí viene mamá! —exclamó Janet—. Vamos a preguntarle qué ha pasado. Oye, mamá: ¿por qué no nos dijiste que nuestro club se tenía que arreglar y pintar? Me refiero al cobertizo donde celebrábamos las reuniones.

—¡Ay, hijitos! Os quería avisar, pero se me olvidó. Papá decidió restaurarlo al ver que amenazaba ruina. Cuando lo arreglen, podréis utilizarlo de nuevo. Y entonces estaréis más a gusto.

—A nosotros nos gustaba tal como estaba: viejo, oscuro y sucio —gruñó Peter—. Y precisamente en las vacaciones, cuando más lo necesitábamos, se os ocurre arreglarlo.

—Tienes razón, Peter —asintió la madre, compungida—. Si llego a saber que

iban a hacerlo en seguida, no los habría dejado empezar. Creía que no harían nada hasta después de las fiestas. Pero no os preocupéis. Buscaremos otro sitio. ¿Qué os parece la buhardilla?

—¡Oh, no! —exclamó Janet—. No nos gusta reunirnos dentro de la casa, entre habitaciones donde hay gente. Necesitamos un sitio secreto y aislado.

—Lo comprendo —repuso la buena señora—. Pero no se me ocurre nada más. Lo siento, hijos. Conformaos de momento con la glorieta.

—Hacia ella íbamos —dijo Peter—. ¡A falta de pan, buenas son tortas!

Pronto estuvieron en la glorieta. No les gustaba aquel sitio tan a la vista de todos. Resignados, empezaron a comerse los bizcochos.

—Se han ablandado —se lamentó Janet.

—A mí no me importa: me gustan blandos —contestó al punto Pamela—. No es nada agradable tener que apretar los dientes, como ocurre cuando están duros. Y la limonada está magnífica. ¿La ha hecho tu madre, Janet?

—No, la he hecho yo —repuso Janet, la mar de orgullosa, y añadió, dirigiéndose a su hermano—: Peter, convendría que fuéramos pensando dónde podríamos celebrar las próximas reuniones.

—De acuerdo —asintió Peter—. Propongo que cada uno de nosotros haga una exploración por su cuenta. A ver quién encuentra un lugar tan secreto que ni Sussy lo pueda descubrir. No ha de estar muy lejos. Os doy todo el día de tiempo para buscarlo. A las seis en punto, todo el mundo aquí para dar cuenta del resultado de sus investigaciones.

—Conforme —dijo Colin—. Yo sé de un sitio superior.

—No nos lo digas ahora —dispuso Peter—. Esta tarde, cada cual expondrá el resultado de sus pesquisas y los votos decidirán. Hay que hacer las cosas con orden.

—¡Bien! —gritaron todos mientras se bebían el resto de la limonada.

—Y la contraseña, ¿qué? —indagó Jack—. Estamos tan distraídos con el problema del nuevo local, que nadie la ha dicho.

—Todos llevamos nuestras insignias —dijo Pamela—. Yo he pasado grandes apuros para encontrar la mía. La había guardado tan bien, que ni yo misma la podría encontrar.

—¿Dónde estaba? —preguntó Jorge.

—En un bote de hierbas para tisana —repuso Pamela alegremente—. Luego me olvidé de que la había puesto allí y he sudado tinta para encontrar el escondite.

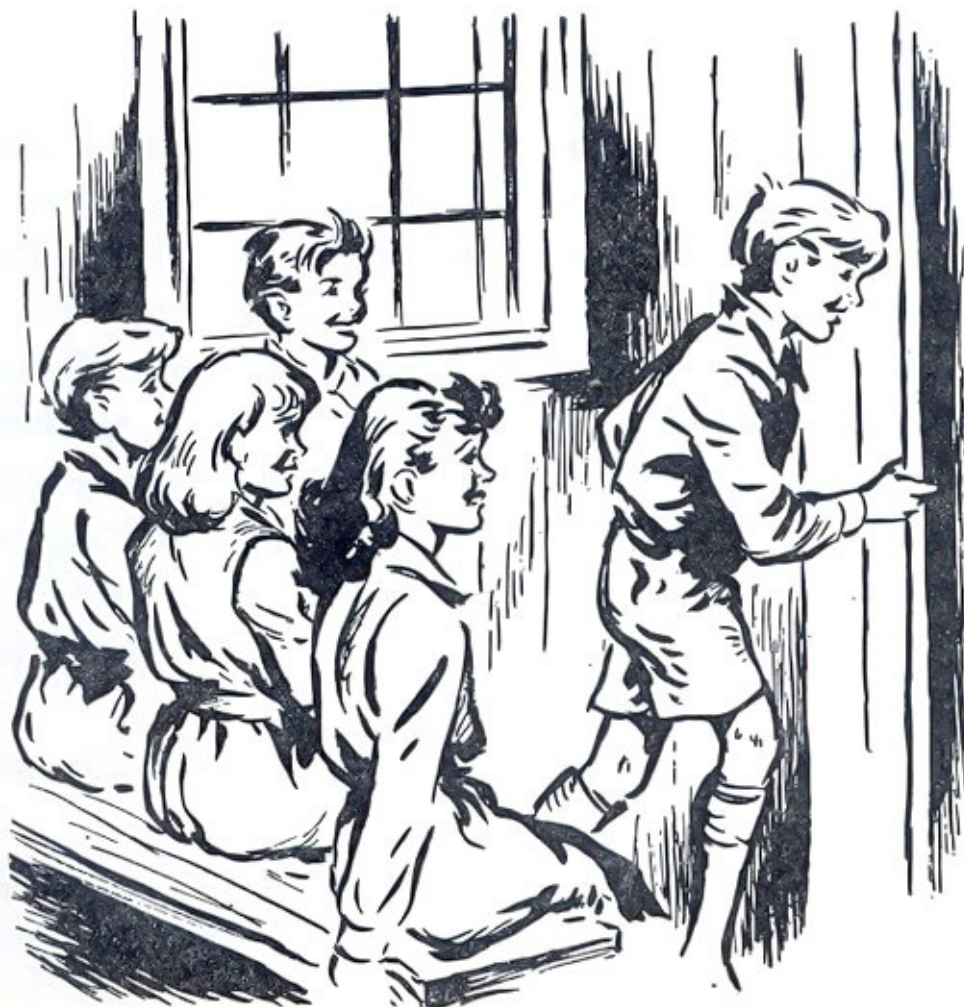
—Debió de quedar sepultada en las hierbas —dijo Peter—. Desde luego, era un escondite muy poco apropiado.

—Yo la puse envuelta en papel, pero como mi madre hurgaba en el bote dos veces por semana, el papel debió de humedecerse y ya no se sabía lo que era.

—Menos mal que no la enterraste. Entonces habría echado raíces y habría crecido —dijo Peter, haciendo reír a todos sus compañeros.

—¿Quieres idear una nueva contraseña, Peter? —preguntó Jack—. Lo siento de

veras, pero Sussy conoce la última. No sé cómo la averiguó. Tal vez estuvo espiándonos en nuestra última reunión.



—Bien, buscaremos otra —dijo Peter—. Teníamos que renovarla de todos modos. Verdaderamente, Jack, tu hermana Sussy está cada día más inaguantable. Confío en que ahora no estará rondando por aquí.

Jack se levantó y salió de la glorieta.

—No se ve a nadie en los alrededores. ¡Pronto! Dinos la nueva contraseña.

—«Huevo de Pascua» —exclamó Peter—. Es fácil de recordar estando como estamos en las vacaciones de Semana Santa.

—Huevo de Pascua —dijeron en voz baja.

Pamela sacó su agenda y empezó a escribir.

—Tú no te la anotes, Jack —le dijo Janet—. Sussy encontraría la nota. No comprendo cómo conseguiría enterarse de la anterior.

—El caso es que la sabía —afirmó Jack—, pues cuando he salido de casa, me ha dicho a grandes voces: «Vuestra contraseña es Ratón goloso». Y os confieso que me he alegrado, pues la había olvidado por completo.

—¿Ratón goloso? —exclamó Peter—. Esa no era la contraseña. ¡Qué ha de ser! Sabiendo que la habías olvidado, Sussy te preparó una trampa para que nos riéramos

de ti.

Jack se sonrojó y preguntó:

—Entonces, ¿cuál era la contraseña?... Dímelas tú, Janet, ya que Peter se calla.

Janet se puso también colorada y confesó:

—Yo tampoco me acuerdo.

Pamela enrojeció como Janet, y entonces Peter comprendió que tampoco ella se acordaba. Dando un puñetazo en la mesa, gritó:

—La última contraseña era «Jueves». Ya veis qué sencillo: jueves.

—Pues yo creía que era «Domingo» —exclamó Colin entre risas—. Desde luego, era una contraseña muy tonta y que, además, se podía confundir con cualquier otro día de la semana. «Huevo de Pascua» es mucho mejor.

—Bien, espero que Colin o Bárbara no la confundan con «Regalo de cumpleaños» u «Obsequio de Navidad» —dijo Peter, burlón—. Ahora que ya nos lo hemos zampado todo, con la participación de «Scamper», que ha tenido su trozo de tarta, ¿os parece que empecemos a buscar un nuevo lugar de reunión?

—De acuerdo —dijeron todos, levantándose.

Se dirigieron a la verja. Algunos iban diciendo entre dientes:

—Huevo de Pascua, Huevo de Pascua. ¡Que no se me olvide!

Ideas a granel

A las seis de la tarde se oyó un rumor de pasos en el sendero que conducía a la glorieta. Janet, Peter y «Scamper» estaban ya en ella.

—¡Huevo de Pascua! —Exclamó Jack.

Y entró en la glorieta que no tenía puerta, sino que simplemente estaba cerrada por tres lados, y el cuarto era un hueco abierto ante el jardín.

—¡Huevo de Pascua! —dijo Bárbara, que fue la siguiente en llegar.

—¿Y tu insignia? —le preguntó Peter severamente.

—¡Oh! La he traído, estoy segura, pero no me he acordado de ponérmela. Dicho esto, Bárbara se llevó la mano al bolsillo, sacó la insignia y se la prendió en el pecho. Luego se sentó.

Llegaron los otros tres y ninguno de ellos dejó de pronunciar solemnemente la contraseña.

—Por una vez en la vida, nadie ha dicho la contraseña a voz en grito —dijo Peter, y, sacando la punta del lápiz, añadió—: Bueno, explicad el resultado de vuestras pesquisas en busca de un nuevo sitio para nuestras reuniones secretas. Colin, empieza tú.

Colin empezó a decir, ilusionado:

—En el fondo de mi jardín hay un gran árbol, un nogal que...

—No nos sirve —le interrumpió Peter—. Lo siento por ti, pero tu proposición queda rechazada. Ese lugar no puede ser secreto, pues nos verían desde el jardín y, además, la gente que pasara junto a la valla oiría nuestras conversaciones. Bárbara, ¿qué has encontrado tú?

—Poca cosa. Hay una choza vieja en el campo, junto a nuestra casa, y...

—La conozco —volvió a interrumpir Peter, tomando nota en su agenda—. La idea no está mal. ¿Qué dices tú, Pamela?

—Pues no puedo decir nada. Por mucho que pensé, no se me ocurrió ninguna idea.

—¡Total, que has fracasado! —gruñó Peter, poniendo una cruz junto al nombre de Pamela—. ¿Y tú, Jorge?

—Pues yo he visto en un campo, no lejos de aquí, un carromato vacío que sé a quién pertenece. El dueño es amigo de mi padre. Creo que nos daría permiso para reunirnos en él.



La proposición parecía excelente. Todos miraron con admiración a Jorge, que no pudo menos de sentirse satisfecho de sí mismo y demostrarlo.

—¿Y tú, Jack? —siguió preguntando Peter—. Pero que no se te ocurra proponer ningún lugar próximo a tu casa. Hay que pensar en Sussy.

—¡Claro que pienso! —respondió Jack, indignado—. No soy tan estúpido que pueda hacer una tontería así. Lo que he descubierto está lejos, a la orilla del río. Es un antiguo embarcadero en desuso.

También esta idea era buena. Peter la anotó en su agenda con toda seriedad.

—Ya hemos oído las proposiciones de todos —dijo Peter—. Sólo falta la muestra, la de Janet y mía. Hemos salido juntos en busca de un local secreto. También ha venido «Scamper». Y los tres hemos tenido la misma idea.

—¿Cuál? —preguntaron todos a la vez.

—Se trata de una cueva que hay en una cantera inmediata a nuestro campo de patatas. De modo que está en la finca de mi padre y no muy lejos. La entrada está tan disimulada, que podríamos llamarla misteriosa. La caverna atraviesa la cantera y penetra en la colina. «Scamper» fue el primero en acercarse a la boca de la cueva, husmeando. Él ha sido, pues, el descubridor.

—Sería muy interesante tener una cueva secreta —opinó Pamela.

—Ahora votemos las propuestas —dijo Peter, repartiendo papeles—. Escribid cada uno el sitio que preferís, pero no debéis votar por el propio hallazgo. Voy a resumirlos en dos palabras. Colin propone un árbol, pero no aconsejo que lo votéis, porque no es un lugar secreto. Bárbara ha pensado en esa choza vieja que hay cerca de su casa, pero el tejado está estropeado y cuando llueve entra el agua. a Pamela no se le ha ocurrido nada. Jorge propone un carromato de feriante que pertenece a un amigo de su padre, pero yo no creo que su dueño nos permita utilizarlo porque aún tiene muebles y podríamos estropearlos.



Peter hizo una breve pausa para respirar y continuó:

—La idea de Jack es que nos reunamos en un viejo embarcadero del río, pero ¿no os parece que está demasiado lejos? Para llegar allí hay que andar lo menos kilómetro y medio. Y por último, ya sabéis que Janet y yo proponemos una cueva. Pero reconocemos que no es un sitio muy cómodo. Bueno, ahora la decisión está en vuestras manos. Escribid el sitio que os parezca mejor, doblad el papel por la mitad y entregádmelo.

Cada cual escribió con toda seriedad su voto y entregó el papel a Peter. Este desplegó todos y los fue leyendo. Cuando levantó la vista, sus ojos brillaban de satisfacción:

—Aunque os aseguro que no lo esperaba, el resultado ha sido que todos han votado por nuestra cueva, excepto Janet y yo, naturalmente. De modo que hay cinco votos a favor de la cueva y éste es el lugar elegido. No puedo negar que estoy muy satisfecho porque es un sitio colosal.

—Así lo creo —dijo Jack—. Vamos a verla ahora mismo. No está muy lejos.

—Buena idea —dijo Peter—. Echemos ahora una ojeada a la cueva y pensaremos lo que debo llevar mañana para instalarnos inmediatamente.

Todos estaban entusiasmados. Se levantaron y salieron de la glorieta. Eran poco más de las seis de la tarde y no hacía frío. El sol poniente lo inundaba todo.

—Por aquí —indicó Peter.

Y los condujo a través del jardín, hacia una puertecilla que daba al campo. Los campos de su padre estaban a espaldas de la casa, y se extendían sobre las colinas, cubiertas de verde trigo salpicado de rojas amapolas.



Peter los condujo por un camino cubierto de césped. Sortearon un estanque lleno de patos, doblaron a la derecha y penetraron en una antigua cantera de la que tiempo atrás se había sacado grandes cantidades de piedra, pero que entonces estaba abandonada.

Todos entraron corriendo en la cavidad que formaban la cantera y empezaron a buscar afanosamente a su alrededor. «Scamper» les adelantó.

—Él os enseñará la entrada, como nos la enseñó a nosotros esta mañana —dijo Peter.

«Scamper» subió por un camino que parecía trazado por los conejos, saltó un montículo de arena y desapareció en una hondonada que había detrás. Todos le siguieron. El perro les esperaba moviendo la cola. Al verlos, se introdujo por un hueco que había entre la espesa maleza y desapareció. Todos pasaron por el hueco y buscaron a «Scamper», pero el animal había desaparecido.

—Ha entrado en la cueva —dijo Peter, riendo—. Está aquí mismo. La cubren esas enredaderas que forman una especie de cortina ante la entrada. Venid y la veréis. Es magnífica.

En la cueva

Los Siete Secretos se agruparon para ir a ver la cueva. No había ningún camino que condujera a su entrada: tuvieron que abrirse paso entre la maleza. Grandes y enmarañadas matas se enzarzaban unas con otras ante la boca de la caverna.

—No es de extrañar que ni Janet ni yo conociéramos esta cueva a pesar de las muchas veces que habíamos pasado por aquí. Si no hubiera sido porque «Scamper» desapareció y nosotros fuimos en su busca, no la habríamos visto. Estábamos aquí mismo, llamándole, cuando, de pronto, le vimos aparecer entre esas enrevesadas matas que ocultan la entrada. ¿Verdad, «Scamper»?

—¡Guau, guau! —contestó el perro.

Y acto seguido entró en la cueva y volvió a salir inmediatamente, como diciendo: «Entrad y veréis qué sitio tan estupendo».

Las enredaderas que colgaban ante la boca de la cueva la ocultaban por completo. Peter apartó el telón de ramas y dijo:

—¡Esto es como una cortina! Mirad. Ahora podéis ver el interior.

Todos alargaron el cuello para echar una mirada al interior de la cueva. No cabía duda: el sitio era estupendo.

—¡Grande y magnífico! —exclamó Jack—. Y además tiene un suelo liso y arenoso. No comprendo cómo has podido decir que no era un lugar cómodo, Peter. Un suelo de arena es lo mejor para sentarse.

—¡Hombre!, algo tenía que decir en contra, ya que la proposición era mía y de Janet —declaró Peter.

Entraron uno por uno en la guarida subterránea. Pamela se echó a la arena. Le pareció deliciosamente blanda.

—¡Formidable! —exclamó—. Me gustaría dormir aquí. Podría dejar marcado mi cuerpo en la arena y así tendría una cama a mi medida. Decididamente, es un lugar de reunión maravilloso. ¡Creo yo, vamos!

—Nadie podrá descubrir esta cueva —dijo Jorge, mirando en todas direcciones—. Lo único malo que tiene es que resulta un poco oscura. Claro que esto se debe a la espesa cortina que cubre la entrada.

Janet apartó la enredadera y el sol entró a raudales por la boca de la cueva.

—¡Magnífico! —exclamó Colin aplaudiendo—. Podemos tener la cortina levantada cuando juguemos y echada cuando estemos celebrando una reunión secreta. No puede haber nada mejor.



Es imposible hallar una cueva que tenga en la entrada una cortina tan útil.

—Y fijaos en el techo —dijo Bárbara—. Es de roca y muy desigual.

También en las paredes hay salientes que podemos usar como anaqueles y asientos. En estos estantes se pueden poner muchas cosas. ¿No os parece que podemos traer nuestros tesoros? Ya que ha de ser nuestro refugio por estas fiestas, podríamos convertirlo en el domicilio particular de los Siete Secretos.

Todos opinaron que era una gran idea.

—Traeremos nuestros cojines —dijo Janet—, y un cajón como mesa.

—Y guardaremos cosas de comer —manifestó Jack—, y naranjadas y limonadas. ¡Cómo nos vamos a divertir!

—Pero tú habrás de tener mucho cuidado en evitar que Sussy te siga —le advirtió Peter—. ¡Con qué gusto metería sus narices aquí y traería su antipática pandilla para celebrar un «pic-nic» o algo por el estilo dentro de la cueva!

—¡Y tanto cuidado como tendré! —exclamó Jack—. Hay que reconocer que es un sitio pistonudo para nuestro club secreto. Debemos conservarlo y procurar que nadie se entere de que existe. No está lejos y es bastante solitario y misterioso. ¿Podemos venir cuando queramos, aunque no sea por cosas del club? Me gustaría venir aquí a leer.

—¡Pues claro! —repuso Peter—. Esto puede muy bien ser algo así como nuestro cuartel general, y podemos venir haya reunión o no la haya. Podéis venir todos cuando os parezca. Pero os ruego que al marcharos lo dejéis todo limpio y que no os comáis lo que hay en la despensa.

—¡Eso ni pensarlo!

—El que venga con la idea de comer algo, que se traiga comida —opinó Colin.

Y todos estuvieron conformes.

—Ahora hagamos planes —dijo Peter—. Nos reuniremos mañana a la diez y media.

Pero Jack le interrumpió:

—Vengamos antes, Peter. ¡Deseo tanto venir...! ¿No podríamos reunirnos a las nueve y media?

—No: Janet y yo tenemos que hacer cosas en casa antes. Nos reuniremos a las diez. Mi hermana y yo procuraremos darnos prisa.

—Yo también tengo que hacer unos recados —dijo Pamela—. Cuando no voy a clase, ayudo a mi madre. Y lo mismo le ocurre a Bárbara.

—Bien, nos reuniremos a las diez —decidió Peter—. Y traed lo que podáis para hacer nuestra cueva cómoda y acogedora. El que quiera traer libros puede hacerlo, porque aquí no hay humedad. También podéis traer los juegos que queráis.

Todos sintieron tener que abandonar aquella cueva tan magnífica. No cabía duda de que era estupenda, aunque el techo fuese tan bajo, que sólo en algunos sitios podrían estar los niños de pie. Era limpia, tenía un suelo de fina arena y el fondo se perdía en una misteriosa oscuridad, al no llegar a él la luz del sol.

Peter sostuvo la cortina de ramas para que todos pudieran salir fácilmente.

Luego la dejó caer y la arregló de modo que no quedara visible indicio alguno de la entrada. Nadie podría sospechar que detrás de aquella barrera de follaje hubiera una cueva que penetraba en la colina. «Scamper» fue el último en salir, y lo hizo moviendo la cola.

Le gustaba la cueva. Era excitante. Desde luego, no había rastro de conejos en ella, lo que no dejaba de desconcertarlo, pero podía muy bien suponer que los había y ¿por qué no arañar la tierra con sus patas delanteras, lanzándola al aire?



Los siete se encaminaron a la puertecilla trasera del jardín de Peter, y luego a la verja que daba a la calle. Allí se dijeron adiós y cada cual se fue a su casa con la cabeza llena de pensamientos agradables.

Al entrar en su casa, Jack se encontró con su hermana, y Sussy vio en seguida que

llevaba los zapatos sucios de arena.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

—No hagas preguntas si no quieres que te mienta —respondió Jack, pasando de largo por el lado de su hermana.

—Has estado con los Siete Secretos: estoy segura —dijo Sussy con acento burlón—. ¿Cuál es ahora el santo y seña? ¿Aún es «Ratón goloso»? ¡Ja, ja! ¡Cómo te he tomado el pelo! Eres un infeliz, Jack.

Trabajos de instalación

Al día siguiente, Peter y Janet trabajaron de firme. Bajaron al jardín para recoger los cajones viejos que utilizaban en el cobertizo. El jardinero los había guardado en otro cobertizo, mezclados con cajas, sacos y otros cachivaches.

El buen hombre andaba muy ocupado en el arreglo del viejo cobertizo. Los dos hermanos se asomaron al interior. Desde luego, aquello quedaría precioso cuando estuviera terminado.

—Prefiero la cueva para estas fiestas —murmuró Peter, y Janet asintió.

Con una carga considerable, se pusieron en camino hacia la cueva. «Scamper» llevaba un hueso en la boca. Sabía perfectamente que iba a la cueva y quiso colaborar llevando algo.

Peter y Janet llegaron antes que los demás. Apartaron la cortina de follaje y entraron en la cueva. La cortina se volvió a correr tras ellos.

—No la descorras hasta que lleguen los demás —ordenó Peter—. Les haré decir la contraseña antes de dejarlos pasar. Hay que saber quién llega. Su contestación nos revelará si pertenece o no a nuestro club secreto.

Janet colocó los cojines. Peter dejó en el suelo el cajón que había transportado, y que pesaba lo suyo porque estaba lleno de cosas. Empezó a sacarlas y a desempaquetarlas.

—Tú ve dándomelo todo —dijo Janet—. Yo lo iré colocando ordenadamente sobre los salientes de las rocas. No tenemos aparador para la vajilla, pero no importa. ¿Qué te parece? ¿No va quedando todo la mar de bien?

Peter echó una mirada a su reloj.

—Van a dar las diez —dijo—. Sigue arreglando las cosas. Yo esperaré en la entrada, detrás de la cortina, para pedir la contraseña. Fuera la arena es tan blanda, que no se oirán los pasos de los que lleguen.

Momentos después se oyó un leve rumor que se acercaba.

—Contraseña —exigió Peter en voz baja.

—Huevo de Pascua —dijo la voz de Colin.

Peter apartó el ramaje y Colin entró, dando traspiés. Iba cargado con una caja de cartón. La dejó sobre la blanda arena.

—¡No sabía que los libros pesaran tanto, porra! He traído la colección «Los famosos cinco» para colocarla en la librería y que esté a disposición de todos. Por poco me quedo sin brazos.

—¡Qué acierto has tenido! —exclamó Peter alegremente—. Estaba deseando volver a leer uno de esos libros. Busca un lugar a propósito en los huecos de las rocas y colócalos ordenadamente.

Llegó un bisbiseo desde el exterior. Alguien esperaba que le permitieran entrar.

—Contraseña —dijo Peter.

—Huevo de Pascua —respondieron dos voces a la vez.

Peter apartó la verde cortina y entraron Pamela y Bárbara juntas. Pamela, con su risita de conejo, como de costumbre. Las dos iban cargadas con sendos paquetes.



—Janet se cuidará de esto —dijo Peter, volviendo a situarse junto a la cortina. Pronto oyó un ligero rumor de pasos que se acercaban: alguien avanzaba sobre la arena, abriéndose camino entre las doradas retamas.

—¡Contraseña!

Y dos voces contestaron:

—¡Huevo de Pascua!

—¡No gritéis tanto, cernícalos! —protestó Peter mientras apartaba las ramas para dar paso a Jack y a Jorge. Luego observó atentamente los alrededores.

—No temas —dijo Jack, entrando torpemente—. Me escabullí cuando Sussy estaba en el fondo del jardín.

He traído dos botellas de jarabe y dos sifones. Mi madre me los ha dado, porque vuelve a tener simpatía por nuestro club.

—¡Estupendo! —exclamó Peter, radiante de satisfacción.

Separó las ramas y ató la cortina natural con un trozo de cuerda, de modo que los rayos de sol penetraron en la cueva. Volvió a inspeccionar los alrededores para asegurarse de que no había nadie.

—Me parece que aquí nadie nos molestará —dijo—. Esta cantera está abandonada desde hace años y no es fácil que nadie se acuerde de esta cueva.

—«Scamper» ladrará si se acerca alguien —dijo Janet—. Entonces echaremos la cortina y nos estaremos muy quietos. Así parecerá que no hay nadie.

—Sí, estoy seguro de que «Scamper» nos avisará —afirmó Peter—. Bueno, ahora dejadme ver cómo habéis arreglado las cosas.

La cueva empezaba a tener aspecto hogareño. El cajón-mesa ocupaba el centro. Alrededor de la mesa, sobre la arena, había un cojín para cada uno. En algunos salientes de las paredes rocosas se veían los libros de Colin y otros que había traído Jorge. Janet había colocado varios vasos de plástico en otra repisa natural, y en una cavidad las botellas y sifones traídos por Jack.

En un rincón había una lata que contenía los comestibles aportados por Janet. En otro saliente, una caja de galletas, un paquete de bizcochos y pastillas de chocolate, regalo de Pamela. Junto a un bote de mermelada de manzana había otro de pasta de grosella casera.

—Todo muy bonito —aprobó Peter—, bonito de verdad.

—Sí, hemos encontrado un sitio adecuado para cada cosa —dijo Janet, muy satisfecha—. Y escuchad: aquel rincón pertenece a «Scamper», pues ha enterrado en él el hueso que ha traído. De modo que hacer el favor de no molestarle. «Scamper», puedes estar tranquilo en tu rincón: ya he dicho a todos que es tuyo. «Scamper» no se movía de su sitio: aquel hueso tenía para él un gran valor.

—Con tanto ajetreo —dijo Jack—, se me ha abierto el apetito. ¿Por qué no comemos algo, ya que tenemos la despensa tan repleta?

—Yo quiero pastel de jengibre —dijo Colin—. Los ha hecho mi madre. Deben de estar riquísimos. Empecemos por ellos.

Los Siete Secretos se sentaron cada cual en su cojín y empezaron a almorzar. Se sentían felices. El sol entraba por la boca de la cueva, cuya cortina vegetal seguía levantada.

¡Qué lugar de reunión tan formidable! ¡El mejor que habían tenido hasta entonces!

Algo que Jack no comprende

Todos estaban encantados con su cueva. En los días de lluvia era un sitio magnífico para leer echados y para los juegos de mesa. Los siete se construyeron en la arena lechos a su medida y todos tenían su cojín para apoyar la cabeza. Los estantes estaban siempre llenos de libros y revistas, bebidas y cosas de comer.

—No podíamos haber encontrado un sitio mejor —dijo Colin—. Oye, Jack, ¿no estará Sussy rabiando de curiosidad por saber dónde estás durante las horas que pasas aquí?

—¡Ya lo creo! —repuso Jack—. Continuamente está dándole vueltas al asunto. Sabe que ya no nos reunimos en el cobertizo de Peter, porque fue a echar un vistazo. Tomo toda clase de precauciones para evitar que me siga. Ayer volví la cabeza de pronto, a medio camino, y vi que estaba escondida en un matorral cercano a la carretera.

—¿Y tú qué hiciste? —preguntó Pamela.

—Di media vuelta y me dirigí a una confitería en vez de seguir hacia aquí —dijo Jack—. Estoy seguro de que nunca dará con nuestra cueva.

—Salgamos a la cantera a jugar al escondite —propuso Janet, levantándose—. Ya no hay sol y tengo ganas de estirar las piernas.

Todos salieron. Le tocó a Jack cerrar los ojos y contar hasta cien antes de empezar a buscar a sus compañeros. La cueva sería la meta.

Jack estaba junto a un árbol, próximo a la cantera, contando lentamente. Cuando llegó a cien, miró en todas direcciones. Podría descubrir a alguno detrás de un arbusto o tendido entre la hierba alta.



Pero no vio a nadie. Con todo cuidado, dio la vuelta al árbol manteniendo los ojos muy abiertos y atento a descubrir cualquier movimiento anormal. Miró hacia la cueva, que desde el punto en que se hallaba podía ver a través de las retamas, y descubrió algo que le sorprendió: alguien entraba furtivamente en la cueva. ¿Quién sería? Estaba demasiado lejos para distinguir los rasgos de una persona.

—«¡No hay derecho! —pensó Jack—. No me ha dado tiempo para buscarle. Pero pronto sabré cuál de los seis es, y le ajustaré las cuentas».

Vio una mancha azul cerca, detrás de un arbusto, y reconoció en seguida la falda de Pamela. Corrió hacia ella, pero Pamela huyó zigzagueando hacia la cueva.

Luego divisó a Bárbara, a Janet y a «Scamper» deslizándose detrás de un montón de arena. Nueva carrera, pero tropezó con una enredadera y se le escaparon. Las niñas gritaban y «Scamper» ladraba.

Estuvo a punto de atrapar a Colin detrás de un árbol, pero Colin corría más que él. «Me parece que sólo me queda uno —reflexionó—. Vamos a ver: el que ha entrado en la cueva, las tres niñas, Colin y yo. Desde luego, sólo falta uno. Ha de ser Jorge o Peter».

Siguió buscando, yendo de un lado a otro. De pronto, se encontró ante dos muchachos que estaban muertos de risa.

Eran Peter y Jorge. Tenían medio cuerpo enterrado en la arena. Logró coger a Peter, pero Jorge se le escapó y huyó hacia la cueva.

—¡Me has atrapado! —dijo Peter riendo—. Ahora pago yo. Llamemos a los demás.

—Espera un momento —dijo Jack—. Aquí hay algo que no entiendo. Vamos a la cueva.

Peter echó a andar con él hacia la cueva, donde les esperaban los otros cinco. Por el camino preguntó:

—¿Qué es lo que no entiendes, Jack?

—Escúchame. Cuando acababa de contar hasta cien, vi que alguien entraba en la cueva. Luego descubrí a Pamela. Después, a Janet y a Bárbara. En seguida a Colin, y finalmente a Jorge y a ti.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó Peter—. ¿Qué es lo que te extraña?

—Pues que he contado ocho, sin incluir a «Scamper», y quisiera saber quién demonios es el octavo.

Cuando llegaron a la cueva, volvieron a contar entre todos. Y vieron que Jack tenía razón. resultaban ocho y no siete. Todos afirmaron solemnemente que no habían entrado en la cueva antes de ser descubiertos por Jack.

—Entonces —dijo Jack, cada vez más preocupado—, ¿quién fue el que entró en la cueva? Pues estoy seguro de haber visto entrar a una persona antes de que entraseis vosotros.

Los siete empezaron a mirar en todas direcciones, intranquilos. Peter recorrió cuanto pudo la cortina de follaje, y el sol inundó la cueva. Sólo los rincones del fondo quedaron en la oscuridad.

—Aquí no hay nadie —dijo Pamela—. Oye, Jack, ¿no sería Sussy?

—No lo sé. Vi a alguien, pero no tengo ni la menor idea de quién pueda ser. Escuchad. Puede haber alguien escondido aquí dentro. Descubrí a Pamela inmediatamente después de haber visto a la persona que entraba en la cueva. ¿De veras que no encontraste a nadie al entrar, Pamela?

—Y tan de veras. Si me hubiera encontrado con Sussy, la habría abofeteado.

Peter cogió una linterna de uno de los estantes de piedra y la encendió. Dirigió la luz hacia los oscuros rincones del fondo y gritó con acento amenazador:

—¡Sal de ahí, miserable intruso! ¡Sal inmediatamente!

Pero nadie salió. Los más profundos rincones de la cueva, ahora iluminados por la linterna, aparecían completamente vacíos.

—Es extraño —dijo Jack, ceñudo—, muy extraño. Dame la linterna, Peter. Quiero ver si hay alguna hendidura en el fondo de la cueva. A lo mejor hay aquí algo que no hemos visto todavía.

—Como quieras. Aquí tienes la linterna. Pero no creo que encuentres nada. Janet y yo lo miramos todo bien cuando vinimos por primera vez.



Sin embargo, Jack avanzó a gatas por el fondo y llegó hasta el final. A la luz de la linterna pudo ver que allí no había ningún escondrijo donde cupiera una persona.

Volvió atrás. Seguía mostrando una profunda extrañeza.

—No pensemos más en eso, Jack —le dijo Peter—. No cabe duda de que la vista te ha engañado. ¿Quién puede entrar aquí en pleno día y ante nuestras propias narices?

—Ante nuestras propias narices, no. Estábamos jugando al escondite y todos vosotros estabais escondidos y callados. Sólo yo miraba a un lado y a otro, pero no estaba delante de la cueva... ¿Comprendes lo que quiero decir? El que llegó en aquel momento no nos vio ni oyó a ninguno de nosotros. Seguro que creyó que no había nadie en la cueva y sus alrededores.

—Tienes razón —dijo Peter—. Ahora te comprendo. Pero el caso es que aquí no hay nadie. No pienses más en ello, Jack, y vamos a seguir jugando.

Ahora me toca buscar a mí. ¡Hala! Id a esconderos.

Un verdadero misterio

Nadie volvió a hablar de la supuesta visión de Jack. El mismo Jack empezó a creer que nunca había existido aquel ser misterioso. Tal vez fue la sombra de una nube o algo por el estilo. Siguieron jugando al escondite y no se volvió a ver nada misterioso por los alrededores de la cueva.

—Es la hora de volver a casa —dijo Peter poco después—. ¡Hay que ver cómo lo hemos revuelto todo en el poco tiempo que hemos estado aquí! Vamos a poner un poco de orden.

Las chicas sacudieron los cojines y los chicos recogieron la basura y la pusieron en una bolsa para llevársela a casa. Janet recogió lo que había sobrado de comida y lo puso en los estantes de la despensa. Luego ordenó la colección de «Los Cinco» y la colocó en la biblioteca.

—Ya está —dijo Janet—. Cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa. Si vinieran nuestras madres, se quedarían boquiabiertas.

Todos se echaron a reír. Luego salieron de la cueva y Peter volvió a echar con todo cuidado la cortina de follaje. Acto seguido, emprendieron el regreso.

—Mañana, aquí a la misma hora —ordenó Peter cuando sus compañeros se despedían de él, de Janet y de «Scamper», en la verja de su casa.

—Mañana a la misma hora no puede ser —dijo Colin—. Recuerda que hemos de ir todos en bicicleta a Penton para ver pasar el circo. Quedamos en que nos veríamos a las once en mi casa.

—¡Es verdad! ¿Cómo he podido olvidarlo? Entonces iremos a la cueva por la tarde, después de comer. Allí nos reuniremos.

Al día siguiente pasaron una mañana muy divertida en Penton. El largo desfile de la caravana hizo las delicias de los siete. Luego, pedaleando en sus bicicletas, regresaron a sus casas a comer, y después se volvieron a reunir todos en la cueva.

Pamela y Bárbara fueron las primeras en llegar. Pamela estaba contentísima porque su abuela le había regalado una caja de chicle mentolado para el «Club de los Siete Secretos».

—La pondré al lado de los botes —dijo alegremente. Y en seguida exclamó—: ¡Mira, Bárbara! Hay un bote en el suelo. ¿Quién lo habrá tirado? Hoy no ha llegado nadie antes que nosotras. ¿Verdad que es raro?

—Puede haber resbalado —dijo Bárbara.

—¡Otra cosa! Ayer dejamos una pastilla entera de chocolate. Yo misma la puse aquí, y ha desaparecido.

—A lo mejor está en otra parte —supuso Bárbara. Pero en este momento también ella observó algo extraño—. ¡Dios mío! Faltan tres cojines. ¿Habrá venido alguien no estando nosotros aquí?



—Seguro que ha sido Sussy —gruñó Pamela, indignada—. Te apuesto lo que quieras a que ha sido ella. Como no ha venido con nosotros a Penton, bien ha podido venir aquí. Habrá espiado a Jack y al fin ha descubierto nuestro escondite. ¡La tengo atragantada! Ha de meter las narices en todo.

—Ya llegan los demás —observó Bárbara—. Vamos a dar la noticia.

Dos voces dijeron ante la entrada de la cueva:

—Huevo de Pascua.

En el acto se descorrió la cortina y entraron Colin y Jorge.

—Sussy ha estado aquí —exclamó Pamela, indignada—. Mirad: faltan tres cojines y ha desaparecido la pastilla de chocolate que dejamos aquí ayer. Además hemos encontrado este bote en el suelo.

—Y fijaos en estos bollos que teníamos guardado para hoy —dijo Bárbara mostrando un bote medio vacío—. Se los han comido casi todos. Si no lo viera, no lo creería.

No tardaron en llegar Peter, Janet y Jack. Sus cuatro compañeros les explicaron nerviosamente lo ocurrido.

—Pero no hay ninguna prueba de que la culpable haya sido Sussy —observó Peter, con el deseo de ser justo, aunque en el fondo estaba también convencido de que había sido ella—. A lo mejor todo es obra de un vagabundo.

—Un vagabundo se habría llevado muchas más cosas —exclamó Pamela—, pero no habría robado los cojines. Además de que es una cosa sin valor, habría infundido sospechas al que lo viera cargado con ellos. No creo que haya un vagabundo tan tonto que pueda hacer estas cosas.

—Es verdad —asintió Peter—. Oye, Jack, tendrás que averiguar si la culpable de todo esto ha sido Sussy.

—Conforme —aceptó Jack, contrariado—. Ahora mismo voy a hablar con mi hermana. Pero estoy convenido de que esta vez no ha sido ella. No puedo olvidar a la persona que vi entrar en la cueva.

Jack se fue en busca de Sussy.

Sus compañeros empezaron a masticar chicle de la caja que les ofreció Pamela, mientras se enfrascaban en la lectura. Colin terminó su libro y fue a cambiarlo por otro. Entonces se le oyó exclamar:

—¡Ha desaparecido un libro de mi colección: «Los cinco junto al mar»! ¿Lo tenéis alguno de vosotros?

Ninguno lo tenía.

—Pues Jack tampoco lo tiene —dijo Colin—, porque lo acababa de leer. Lo sé seguro. Si verdaderamente ha sido Sussy la culpable de todo esto, se las tendrá que ver conmigo. ¡Palabra!

Jack regresó una hora después. Dicha la contraseña, el consabido «Huevo de Pascua», Peter le dejó entrar.

—¡Qué mal rato he pasado! —dijo, echándose sobre el arenoso suelo—. Sussy me ha asegurado que no ha puesto los pies aquí porque no sabía dónde estaba nuestro escondite. Se enfadó tanto cuando la acusé de los robos que se han cometido aquí, que mi madre oyó sus gritos y vino a ver qué pasaba.

—¡Es para matarte! —exclamó Peter—. Debiste evitar que tu madre se mezclara en esto. Bueno, ¿qué más pasó?

—Mi madre me obligó a declarar dónde nos reuníamos ahora —confesó Jack, compungido— No pude evitarlo, Peter; créeme. No pude negar. Mi madre me obligó.

A esta espeluznante declaración siguió un silencio de muerte. Todos sabían cuán imposible es resistirse a una orden materna. Pero ¡era tan espantoso que Jack hubiera revelado el secreto de los Siete!

—¿Estaba Sussy delante cuando hiciste la revelación? —preguntó Peter.

—Sí —confesó Jack—, estaba delante y, como no se le había pasado el mal humor, me ha amenazado con venir aquí y revolverlo todo por haberla acusado. Ha pasado la mañana en el jardín con Jeff, y no se ha movido de allí, según me ha dicho mi madre. O sea que no ha podido venir aquí.

—Entonces, ¿quién habrá sido el intruso? —preguntó Peter. Y añadió—: Desde luego, es un ladrón rarísimo. ¡Robar tres cojines!

Todos callaron. Opinaban lo mismo que Peter. Pamela, atemorizada, miró hacia el fondo de la cueva. ¿Quién sería? Jack aseguraba haber visto a alguien entrar en la cueva; ahora sabían positivamente que alguien había estado en la cueva antes que ellos. ¿Quién sería?

—Ahora que Sussy sabe que nos reunimos aquí, creo que alguno de nosotros debe quedarse de guardia, cuando los demás nos vayamos —opinó Peter—. No debemos permitir que Sussy cumpla su amenaza. Si en verdad no es la culpable, estará furiosa contra nosotros por haber sospechado de ella.

—No me sorprendería que se trajera a Jeff para que la ayudase a destrozar nuestro refugio —exclamó Jack amargamente—. La conozco tan bien como a mí mismo.

—Pues vamos a prepararles un buen recibimiento. Pondremos un cubo de agua en la repisa que forma la roca sobre la cortina, y al entrar recibirán una ducha que los

dejará empapados de pies a cabeza.

Pamela brincó alegremente.

—También podemos prepararles una trampa que tendió mi primo a un tío antipatiquísimo —propuso Colin—. Se trata de colocar una serie de hilos cerca de la entrada, de modo que crucen la cueva a diversas alturas. Estos hilos estarán impregnados de miel. Cuando entren los intrusos se les pegarán los hilos y creerán que están a merced de una gigantesca araña.



—¡Que horrible! —exclamó Pamela, estremeciéndose—. ¡Sólo de pensar que podría verme envuelta en esos hilos pegajosos me dan escalofríos!

—Para Sussy sería un buen escarmiento —dijo Bárbara—: odia las telas de araña. Pero ¿de dónde sacaremos los hilos y la miel?

—Puedo ir a casa a buscarlos —ofreció Janet—. Tengo una madeja de seda en la caja de labor y sé que en la despensa hay un tarro de miel. Pero ¿no será demasiado duro el castigo? ¿No seremos demasiado crueles con Sussy?

—No —contestó Pamela—. Sussy sólo caerá en la trampa si viene a la cueva con malas intenciones. Ella se lo habría buscado.

—No debemos ser blandos con mi hermana —dijo Jack—. A veces creo que es más lista que todos nosotros.

Janet se fue corriendo en busca de la miel y del hilo. Bárbara se quejó de la desaparición de su cojín: se había quedado sin apoyo para su cabeza.

—Supongo que quien se ha llevado nuestros cojines ha querido gastarnos una broma pesada. Seguro que los ha escondido entre la maleza.

—Voy a mirarlo —dijo Colin, levantándose.

Pero no vio los cojines por ninguna parte. Pronto regresó, compungido y

acompañado de Janet, que volvía con la miel y la madeja.

—Dejemos las trampas preparadas antes de irnos a casa a merendar —propuso Peter—. Después de la merienda me daré una vuelta por aquí para ver si hay novedades, y al anochecer volveré.

Pronto estuvieron preparadas las trampas. Janet impregnó el hilo de miel y los chicos lo tendieron a través de la entrada, de arriba abajo y de derecha a izquierda, atándolo a las plantas que crecían dentro de la cueva.

—Ya está todo listo —dijo Peter—. Nadie podrá entrar sin enredarse en estos hilos pegajosos. ¡Menudo susto se llevará el intruso! Además, al apartar la cortina le caerá encima un verdadero torrente. He colocado el cubo de modo que forzosamente se ha de volcar al menor movimiento de las ramas.

Todos brincaban de alegría y habrían querido estar presentes cuando el intruso cayera en las trampas.

—Ojalá venga Jeff con Sussy —dijo Jack—. No puedo tragar a ese chico y me reiría de buena gana si volvieran los dos a casa pegajosos. ¡Ahora ya nos podemos ir!

Después de la merienda, Peter se acercó solo a la cueva para ver si había alguna novedad. Todo seguía igual. El cubo de agua estaba en su sitio, disimulado entre el follaje, y a través de la verde cortina de ramas vio el hilo gris impregnado de miel.

—Sussy y Jeff no han ido todavía a la cueva —dijo a Janet cuando regresó a su casa—. Me acercaré de nuevo cuando oscurezca.

Así lo hizo. Las trampas continuaban intactas.

—«Hoy ya no vendrá Sussy —pensó Peter—. Mañana por la mañana vendré antes de las nueve y la esperaré escondido para sorprenderla si se presenta aquí».



«Scamper» ayuda

A la mañana siguiente, Jack se presentó en casa de Peter a primera hora.

—Vengo a decirte que Sussy no se ha acercado a la cueva. La vigilé durante toda la tarde de ayer y no la he perdido de vista desde que se ha levantado hasta este momento. Ahora está dando su clase de música. De modo que hasta eso de las doce podemos estar seguros de que no irá.

—¡Estupendo! —exclamó Peter—. Ahora voy a hacer varios recados que me ha mandado mi madre y luego iremos a la cueva, en compañía de Janet y «Scamper». Procuremos llegar antes que los demás.

A las diez menos cinco, Peter, Janet, Jack, y «Scamper» se encaminaron a la cantera, y a las diez en punto estaban en la cueva. Examinaron la entrada y observaron entre risas que el cubo estaba todavía esperando dar un baño al primer incauto que llegara.

—Lo retiraré —dijo Jack, trepando para cogerlo.

—Tendremos que quitar los hilos para entrar —dijo Janet—. ¡Lástima de tiempo que perdimos para preparar la trampa! Pero tendremos que procurar no pringarnos de miel nosotros.

Quitaron los hilos con todo cuidado para no romperlos ni pringarse y entraron en la cueva. Y entonces se quedaron petrificados de asombro, mirando en torno de ellos, sin poder dar crédito a sus ojos.

Todos los botes estaban abiertos y vacíos. Algunos estaban tirados en el suelo. Habían desaparecido dos cojines más. Faltaba una botella de naranjada y un sifón. No quedaba ni rastro de la caja de chicle, y la biblioteca había sido saqueada de nuevo.

Una linterna que Colin había dejado en una de las repisas de piedra se había esfumado.

—Pero ¿cómo se las habrán arreglado para entrar? —tartamudeó Peter, asombrado—. Las trampas estaban intactas; los hilos, enteros. Es imposible que alguien haya entrado sin dejar señal alguna. Sin embargo, no cabe duda de que alguien ha desvalijado la cueva. Esto no me gusta nada. Algo raro ocurre en nuestro reducto, algo misterioso que me llena de inquietud.

Los tres niños estaban verdaderamente asustados. No se podía admitir que alguien hubiera entrado en la cueva sin romper los hilos o llevándoselos pegados a la ropa. Pero si no había entrado nadie, ¿cómo explicar aquel saqueo, aquellas botellas y botes vacíos?

—Ya recordarás, Peter —susurró Jack, mirando en todas direcciones—, que yo estaba seguro de haber visto entrar a alguien en la cueva cuando jugábamos al escondite. Tú creíste que eran imaginaciones, mías, pero no lo eran.

—Tienes razón. Alguien está mezclado en todo esto, una persona que disfruta comiendo y bebiendo a costa nuestra. Y si no viene aquí desde fuera, no cabe duda de que conoce un camino interior.

—Eso no es posible —dijo Janet—. Sabemos que no hay ninguna otra entrada. Lo miramos bien todo el primer día.

—«Scamper» parece muy inquieto esta mañana —observó Jack—. Fijaos cómo husmea por todas partes.

En efecto, el perro estaba excitadísimo. Corría de un lado a otro, lanzando ligeros aullidos y ladrando sin ton ni son. Parecía decir:

«¡Cuántas cosas podría revelarnos si supiera hablar!».

«Scamper» corrió al rincón donde había enterrado su hueso. Lo desenterró y se lo llevó a otro rincón, distante del primero, para enterrarlo nuevamente. Peter se echó a reír.

—Teme que él se lleve también su hueso. ¡Mirad qué hoyo tan hondo está abriendo esta vez! ¡Eh, «Scamper», que nos estás tirando la arena encima!



Janet dirigió una mirada desesperación a los botes vacíos y a los libros mal colocados. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Tan bien como lo habíamos arreglado todo! Y tan buenas cosas como teníamos en nuestra despensa. ¿Quién será el monstruo que todo nos lo revuelve y nos roba la comida? ¿De dónde vendrá? ¿Cómo se las arreglará para llegar aquí sin pasar por la entrada?

—Volvamos a reconocerlo todo detenidamente —propuso Jack—, a ver si descubrimos otra entrada. Tiene que haber algún agujero disimulado en otro lugar de la cueva.

Volvieron a inspeccionar las paredes. Los chicos las palpaban; «Scamper» las olfateaba. Todo fue inútil. No vieron nada que les llamara la atención ni orificio alguno que pudiera utilizarse como entrada.

—Verdaderamente, estamos ante un gran misterio —dijo Peter—. Esto no me gusta nada. Yo dejaría esta cueva y buscaría otro local de reunión. No es nada agradable permanecer en un sitio donde no podemos tener nada seguro, pues ya veis lo que ese misterioso intruso hace con nuestras cosas.

—Tampoco a mí me hace gracia continuar aquí —confesó Janet—. Pero es una vergüenza que abandonemos sin lucha esta magnífica cueva. En fin, no tardarán en

llegar los que faltan.

Voy a ordenar las cosas. Ya les explicaremos cómo lo hemos encontrado. Pronto oyeron llegar a los demás. iban charlando y riendo mientras atravesaban la cantera.

Apenas llegaron a la cueva, Peter le contó lo ocurrido. se miraron unos a otros. Peter estaba muy serio. Nadie abrió la boca hasta que Peter terminó.

—Un gran misterio —dijo entonces Jorge—. No entiendo nada. Un individuo que nos roba comida, cojines y libros. Yo creo que se trata de alguien que ha de ocultarse de la gente y necesita comida y cama.

—Si uno o dos de nosotros nos escondiéramos en la cueva esta noche, sorprenderíamos al culpable —propuso Colin.



Hubo un silencio. A ninguno de los siete le entusiasmaba la idea. Nadie quería conocer al visitante misterioso.

—Oíd —dijo Peter al fin—. No soy miedoso, pero me digo que aquí no hay ningún sitio para esconderse. Tu idea no se puede poner en práctica. El intruso, sea quien sea, nos verá antes de que nosotros le veamos a él. Por otra parte, no tengo ningún deseo de verle.

—Ni yo —dijo Jack—. Lo mejor es que lo recojamos todo y nos vayamos con la música a otra parte. Es tonto traer cosas aquí para que nos las roben bonitamente.

Empezaron a recogerlo todo. Los siete estaban muy tristes. Aquello parecía un

éxodo. «Scamper» les miraba extrañado. ¿Por qué recogerían las cosas? ¿Por qué pondrían aquellas caras de pena? «Recogeré mi hueso también. No voy a dejarlo cuando se llevan todo lo demás», se dijo.

Corrió al rincón donde poco antes lo había enterrado. Pero su olfato percibió algo no lejos de allí, debajo de unas rocas salientes. ¿Sería de los niños? No, no pertenecía a ninguno de ellos. A «Scamper» le bastaba oler un objeto de los chicos para saber quién era su dueño. «Scamper» olió lo que había en la hendidura y lo atenazó con los dientes. A lo mejor, se había equivocado y sí que pertenecía a alguno de los siete. Se fue hacia Peter, dejó a sus pies lo que llevaba en la boca y lanzó un leve ladrido.

—¡Hola, «Scamper»! ¿Qué me traes aquí?

Se agachó y lo recogió. Era una agenda ceñida por una ancha y vieja cinta elástica.

—¿De quién es esto? —preguntó levantando la agenda.

No era de ninguno de los siete.

Jack se acercó a Peter, muy agitado.

—¡Oh, Peter! Esto puede ser del misterioso visitante. Ábrelo.

Peter quitó la goma y abrió el librito. Sus ojos brillaron repentinamente.

—Sí —dijo en voz baja—, desde luego pertenece a nuestro ladrón. Aquí está su nombre. Seguramente la perdió anoche, mientras nos lo revolvía todo. ¡Qué pista tan formidable!

Todos se apiñaron alrededor de Peter. Tenían los nervios en tensión. Peter señalaba un nombre escrito con mala letra en la cubierta de la agenda.

—Albert Tanner —leyó—: éste es nuestro misterioso visitante. Albert Tanner... ¿Quién será? Hay que averiguarlo a toda costa.



Un plan audaz

—Debemos darnos prisa —dijo Colin en voz baja y mirando, receloso, a todos los rincones de la cueva—. Ese Albert Tanner ronda por aquí, como hemos visto, y no debe enterarse de que hemos encontrado su cuaderno de notas. Primero, recojamos las cosas para marcharnos. Cuando estemos fuera de aquí, ya examinaremos detenidamente la agenda.

—¡De acuerdo! —exclamó Peter—. ¿Ya está todo recogido? ¡Pues hala: vámonos! Aparta, «Scamper».

Salieron de la cueva y se alejaron, cada cual con su paquete, por el sendero lleno de sol. Los botes vacíos no pesaban nada. Como la mitad de los libros de Colin habían desaparecido, el paquete que éste llevaba era pequeño. La mayoría de las revistas habían volado, lo que demostraba que el misterioso visitante era, además de un hambriento, un aficionado a la lectura.

Cruzaron la cantera y entraron en el jardín de Peter.

—Vayamos a la glorieta —propuso éste—. No es un sitio agradable, pero podremos hablar sin que nadie nos moleste.

Pronto estuvieron todos sentados en el banco circular que había en el interior de la glorieta. «Scamper» estaba echado en el suelo bajo un rayo de sol que se filtraba por el follaje.

Peter sacó la agenda del bolsillo y la abrió. Los demás estiraron el cuello cuanto les fue posible. Peter empezó a pasar páginas.

—Albert Tanner escribió su nombre al principio, como habéis visto ya —observó Peter—. Hemos de agradecerle que tuviese esta idea, porque así, por lo menos, ya sabemos cómo se llama. Pero no hay muchos más datos. Al menos, por ahora. Sólo unas cuantas anotaciones de gastos particulares, y otras notas y palabras mal escritas.

Leed: «patatas», «nabos», «tomates», «harina». Esto debe de ser una lista de compra. Pasemos las páginas. Otra lista para el mercado, y unos dibujos mal hechos. No creo que esta agenda pueda darnos ninguna pista.

Jack se la quitó de las manos para examinarla más de cerca. En la cubierta había una especie de bolsillo para el dinero. Peter no lo había visto. Jack introdujo sus dedos para ver si había algo. Sí, había un trocito de papel, sucio y arrugado. Estaba escrito, pero la letra no era de Tanner.

—Mirad esto —dijo Jack—. Estaba en la carterita. Veamos lo que dice.

Es una nota para Albert Tanner.

—¿Qué dice? —preguntó Janet, impaciente—. ¿Es algo que pueda ayudarnos a investigar?

—Es una nota incomprensible —repuso Jack—. Escuchad: «No hace falta escribirlo. Jim conoce el sitio y te lo dirá. Te encontrarás con él junto a Correos a las ocho y media de la noche del día 15. Ted».

—¿El día quince? ¡Pero si es hoy! —exclamó Peter—. No hay duda de que el

mensaje es muy importante, pero también muy misterioso. ¿Qué sitio será ese que Jim ha de indicar a Albert? ¡Por Barrabás! Tenemos que averiguarlo por encima de todo. Así podremos ir a ese sitio a investigar.

Todos estaban ya más que nerviosos. Colin cogió a Peter del brazo y le dijo:

—Yo iré a Correos esta noche. Tal vez logre saber quién es Jim y acaso oiga lo que le diga a Albert Tanner, a quien también conoceré.

Hubo un silencio. La tensión nerviosa de los siete iba en aumento.

—Iremos los cuatro chicos —dijo Peter—. Las chicas, no; sólo nosotros cuatro.

—Tú no puedes ir, Peter —dijo Janet—. Acuérdate de que tenemos que ir al cine con mamá. Y Jorge ha de venir con nosotros. Mamá lo invitó.

—¡Pues es verdad! —exclamó Peter—. Pero descubrir a nuestro ladrón, iréis vosotros dos, Jack y Colin. ¡Y mucho oído! No perdáis ni una palabra de la conversación. Que no se os escape la menor pista.

—Descuida —dijo Colin—. ¿Tú puedes venir, Jack?

—¡Ya lo creo! —contestó éste—. ¿Y si siguiéramos a los dos individuos? Uno podría seguir a Albert y el otro a Jim. Me gustaría saber si Albert Tanner vive en nuestra cueva.

—Es una idea estupenda —aprobó Peter—. ¡Es una pena que no pueda ir con vosotros! Pero no puedo dejar de ir al cine. Le pedí tantas veces a mi madre que me llevara a ver esa película, que si ahora diera excusas despertaría sus sospechas.

Volvieron a mirar la nota escrita en el papel arrugado. Peter la releyó en voz alta:

«No hace falta escribirlo. Jim conoce el sitio y te lo dirá. Te encontrarás con él junto a Correos a las ocho y media de la noche del día 15. Ted».

—¿No habrá algo escondido en ese lugar que Jim ha de indicar a Albert? —preguntó Janet—. ¿Qué os parece?

—Yo creo que sí —contestó Peter, después de reflexionar unos momentos—. Y lo que hay escondido debe de tener mucho valor. Y si son cosas de valor, sin duda son robadas.

—Robadas por Ted, o por quien sea, y escondidas —dijo Colin—. Tal vez las robaron Ted y Albert, y Jim las escondió. Después detuvieron a Jim y ha pasado una temporada en la cárcel. Y ahora Jim va a decir a Albert dónde están.

Todos se echaron a reír.

—¡Vaya historia que te has inventado! —exclamó Jack—. No creo que las cosas hayan ocurrido como dices, ni mucho menos. No obstante, tan pronto como sepamos dónde está el escondite de las cosas robadas, iremos a él. Y procuraremos llegar antes que Albert Tanner.

—Eso no será tan fácil como parece —dijo Peter—. A Albert le faltará tiempo para dirigirse al escondrijo.

—¡Mejor! —exclamó Colin—. Le seguiremos y él nos conducirá al sitio misterioso, esté donde esté.

—¡Cómo me gustaría ir con vosotros esta noche! —dijo Peter, contrariado—. Es una aventura extraordinaria, uno de esos casos que se presentan de uvas a peras. Me encantaría descifrar este misterio. Sería una felicidad para mí ir con vosotros esta tarde.



Lo que sucedió a las ocho y media

Colin y Jack se encontraron a las ocho frente a las oficinas de Correos. La oscuridad era ya completa y no había luna. Mientras se dirigían a un banco de madera próximo, iban dialogando en voz baja.

—¿Qué podemos hacer? —susurró Colin—. El banco está al pie de un nogal. Nos podemos esconder detrás del árbol o debajo del banco. ¿A ti qué te parece?

—No debemos escondernos los dos en el mismo sitio —repuso Jack—, porque si nos vieran, nos echarían a los dos y no nos podríamos enterar de nada. Lo mejor será que uno se esconda detrás del tronco y el otro trepe a la copa y se instale en alguna rama resistente.

—¡Muy bien pensado! —musitó Colin—. Pero habrás de ser tú quien suba al árbol. Yo llevo una rodilla vendada y no puedo doblar la pierna. Me caí esta mañana por la escalera de mi casa y mi madre se llevó un gran susto. Temí que me obligara a meterme en la cama, o por lo menos a quedarme en casa. Por poco me da un ataque de rabia al verme en peligro de no poder salir esta noche.

—De acuerdo —aceptó Jack—. Yo subiré al nogal. Y lo mejor será que suba ahora que no hay nadie y no hemos de temer que me vean. Me subiré al respaldo del banco, me cogeré a esa rama que hay encima y tú me empujarás hasta que consiga sentarme en ella.

Pronto estuvo Jack instalado a horcajadas sobre la rama más fuerte del nogal. Colin se situó detrás del árbol y permaneció muy quieto, apoyado en el tronco.

El reloj de la iglesia dio la hora: eran las ocho y cuarto. El corazón de Colin latía con celeridad. ¡Qué momento tan emocionante! Pasaron diez minutos. De pronto oyeron pasos. Alguien se acercaba. Eran dos e iban cogidos del brazo. Colin apenas respiraba. Estaba inmóvil: su tensión era extraordinaria. Los dos hombres pasaron de largo, conversando tranquilamente. No eran ellos. Luego pasó otro acompañado de su perro.

Después apareció una sombra, deslizándose lentamente. Era un hombre que llevaba suelas de goma y andaba sigilosamente, esquivando la luz de los faroles callejeros.

El desconocido se sentó en el banco y Colin reprimió aún más la respiración.

Jack, sentado en la rama del nogal, trataba de ver las facciones del individuo, pero la oscuridad y el follaje se lo impedían. Sólo podía divisar el fuego del cigarro que el hombre tenía en la boca.

Otra sombra apareció pronto por el final de la calle. También andaba sigilosamente. Se sentó en el otro extremo del banco.

Los dos hombres estuvieron un rato sin mirarse ni decirse nada. Y los dos muchachos, agazapados en sus escondites, contenían la respiración y acechaban.

—¿Un cigarrillo? —dijo el hombre que había llegado primero.

—Ya que es usted tan amable... —aceptó el otro.

El primero sacó un paquete de cigarrillos y se lo presentó a su compañero de banco. Luego encendió una cerilla para dar fuego al invitado, que ya se había llevado un cigarrillo a la boca. La luz de la cerilla iluminó la cara del segundo hombre, y el primero supo ya lo que deseaba saber.

—Tú eres Albert —dijo con la mayor naturalidad—. ¿Verdad que sí?

Pero antes de que Albert tuviera tiempo de contestar, ocurrió algo que hizo dar un salto a los dos hombres.

Colin había estornudado. Sus estornudos tenían fama de ser estruendosos, pero el que se le escapó en aquel momento superó a todos los que había lanzado en su vida. Como no se había dado cuenta de que tenía ganas de estornudar, su sobresalto no tuvo nada que envidiar al de los dos hombres.

—¡¡At... chiss!!

Albert dio la vuelta al árbol rápidamente y atenazó al asustado Colin.

Este tuvo la impresión de que le sujetaba una garra de hierro.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué te escondes detrás de los árboles? —gritó, sacudiendo al pobre Colin tan violentamente, que parecía que la cabeza le iba a saltar al chico de los hombros.

Entre tanto, había llegado el otro hombre.

—Es un niño —dijo—. Dale un tirón de orejas y que se vaya.

Colin recibió tal manotazo en la cabeza, que por milagro no rodó por el suelo. Se alejó tambaleándose. Albert dio unos pasos tras él y el niño salió corriendo, presa de verdadero terror. Entre tanto, Jack tuvo un momento de vacilación. ¿Debía bajar del árbol y acudir en ayuda de Colin? Pero en seguida se desvanecieron sus dudas.

No debía bajar, pues no llegaría a tiempo y lo echaría todo a perder. Además, su amigo había logrado escapar. Lo mejor era seguir observando. Jack se aferró con más fuerza a la rama. Su cuerpo temblaba ligeramente.

Los dos hombres estaban de nuevo al pie del árbol.

—Despachemos cuanto antes —susurró el primer hombre dirigiéndose a Albert.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó éste.

—Sí, «espantapájaros» —contestó su compañero bajando la voz todavía más—. Allí lo encontrarás. ¿Entendido? En el espantapájaros.

—Gracias —repuso Albert.



Y, deslizándose otra vez por el empedrado de la calle, desapareció en las sombras de la noche. Jack habría deseado que Colin le hubiera seguido.

Él no podía. Habría tardado uno o dos minutos en bajar del árbol, y además, estaba aún allí el otro hombre. A éste sí que podría seguirle. Pero antes de que Jack acabara de bajar del árbol, también el compañero de Albert había desaparecido.

Jack emprendió el regreso, visiblemente preocupado. ¿Estaría bien Colin? Lo mejor sería ir a su casa para averiguarlo, pero sin que se enterase su familia.

Cuando llegó ante la casa de Colin vio luz en el cuarto de su amigo. Tiró una piedrecita a los cristales y acertó. La ventana se abrió y apareció la cabeza de Colin.

—¡Soy yo: Jack! ¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

—Sí, perfectamente. Ese tipo me ha dado un gran trompazo, pero he podido llegar a casa y nadie me ha visto entrar. Y tú, ¿qué? ¿Has oído algo importante?

—Lo que he oído no parece que pueda darnos ninguna pista. Ya te lo explicaré. ¡Qué estornudo tan inoportuno, Colin!

—Fue una mala pata. Yo creo que...

Se detuvo y volvió la cabeza. Al oírle hablar con alguien que había entrado en la habitación, Jack huyó velozmente.

La palabra «espantapájaros» no se apartaba de su pensamiento. ¿Qué demonio

significaría? A lo mejor, Peter veía algo en ella. ¡Qué rabia tener que esperar al día siguiente para contárselo todo!

Siguiendo la pista

La reunión de la mañana siguiente fue verdaderamente emocionante. Peter, Janet, y «Scamper» esperaban con impaciencia la llegada de Jack y Colin. Pamela y Bárbara llegaron juntas como de costumbre. Luego apareció Jorge, y finalmente Colin y Jack.

—Sentimos habernos retrasado —dijo Jack—. Fui en busca de Colin. Aún tiene la pierna tesa y no pudimos andar de prisa. Sin embargo, anoche corrió como el viento a pesar de su cojera. ¿Verdad, Colin?

Colin se echó a reír. Tenía en la mejilla izquierda señales de la bofetada que había recibido y estaba orgulloso de ello.

—Traemos grandes noticias —exclamó Jack, dándose importancia al ver las caras de asombro de sus compañeros.

—Pues desembucha de una vez —dijo Peter, impaciente—. ¿Se encontraron en el lugar de la cita Albert y Jim? ¿Oísteis algo importante?

—Cuéntalo todo desde el principio —suplicó Janet—, y no olvides ningún detalle: así podremos tener una idea exacta de cómo ocurrió la cosa.

—Bien —dijo Jack—. Pues veréis.

Colin y yo nos encontramos frente a Correos a las ocho y los dos hombres vinieron media hora después. Colin se había escondido detrás del tronco de un nogal y yo me había subido a una rama del árbol.

—Así se hacen las cosas —aprobó Peter.

—Pero veréis lo que pasó. Precisamente cuando los dos hombres empezaban a hablar, Colin soltó el estornudo más horripilante que he oído en mi vida. Os aseguro, y no exagero, que estuve a punto de caerme de la rama del susto.

—¡Válgame Dios! —exclamó Janet—. ¿Y qué ocurrió entonces?

—Pues que los dos hombres atraparon al pobre Colin. Aún podéis ver en su mejilla la señal del tortazo que le dieron.

Todos miraron con interés la cara de Colin, y éste se sintió nuevamente halagado. Jack continuó, también muy ufano:

—Tuvo que huir como un condenado y yo me quedé allí, perplejo. No había qué hacer: si seguirle o quedarme en la copa del árbol. Fue un momento de gran emoción. Los dos hombres siguieron al pie del árbol. Hablaban en voz baja, pero agucé el oído y me enteré de lo más importante.

—¿De qué te enteraste? —gritó Peter—. Me estás poniendo nervioso con tanto rodeo. ¡Al grano!

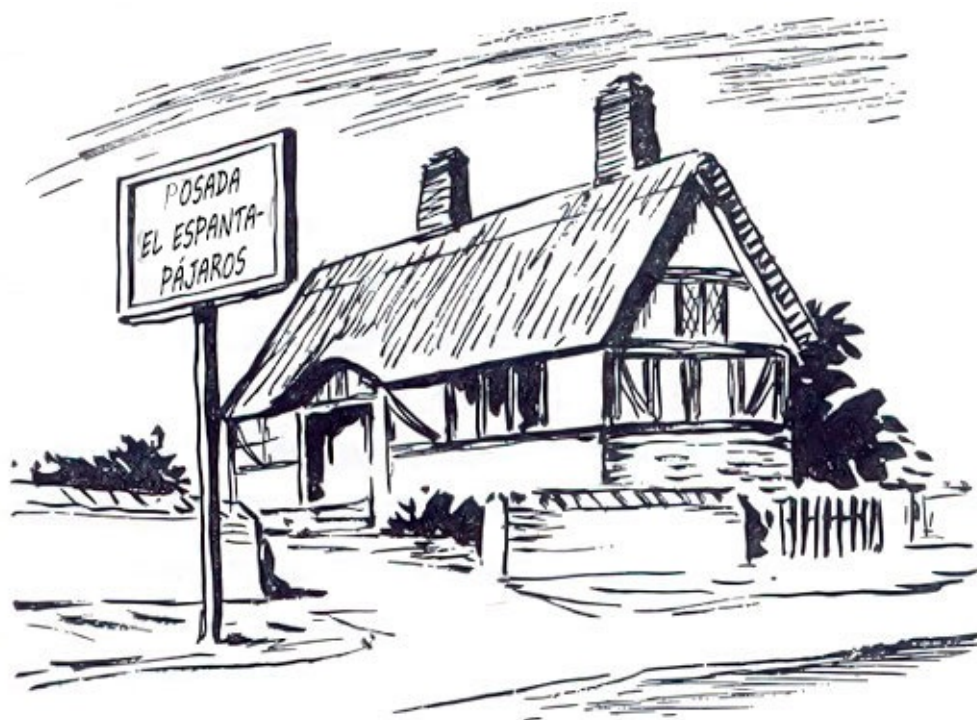
—El primer hombre, que debía de ser el llamado Jim en la nota, dijo: «Espantapájaros» —continuó Jack, imitando la voz susurrante de Jim—. «El espantapájaros: allí lo encontrarás». Y los dos se marcharon. Yo bajé en seguida del árbol, pero cuando llegué al suelo, ya habían desaparecido. De modo que no pude seguirles.

—Lo hicisteis muy bien —comentó Peter—. El estornudo de Colin fue fatal, pero

tú, Jack, oíste la palabra clave: «espantapájaros».

—¿Tienes idea de lo que significa esa palabra? —preguntó Jack—. ¿Crees que se refiere a un verdadero espantapájaros?

—No hay una posada no lejos del pueblo que se llama «El Espantapájaros». He pasado muchas veces por delante con mi padre en coche. Iremos a echar un vistazo. Creo que allí encontraremos algo; tal vez el botín de un robo o acaso el plan de otro.



—¡Sí, sí! Ahora recuerdo que siempre me ha extrañado el nombre raro de esa posada —dijo Janet—. Vamos ahora mismo: debemos llegar antes de que Albert pueda llevarse el tesoro oculto.

—Sí, nos conviene ir en seguida. A lo mejor, en este mismo momento Albert está desenterrando algo misterioso. Ojalá podamos averiguar lo que es.

Todos estaban emocionados y nerviosos: adivinaban la proximidad de una gran aventura.

—Que cada cual vaya por su «bici» —ordenó Peter—. Tú, Colin, ¿podrás pedalear con tu pierna tesa?

—Emplearé sólo la otra —repuso Colin, que no quería dejar de participar en la gran aventura—. ¡Hala! A buscar todo el mundo su «bici».

—Nos encontraremos en el cruce de caminos que hay junto al pajar. Allí nos reuniremos y emprenderemos la marcha en grupo. Estoy seguro de que nos hallamos sobre la pista de algo sensacional.

Jorge era el único que se había traído su bicicleta. Los demás tenían que ir a recoger la suya. Peter y Janet sacaron sus «bicis» del trastero del jardín, montaron en ellas y se encaminaron, en compañía de Jorge, al punto de reunión. «Scamper» les seguía saltando alegremente. Parecía comprender que empezaban a vivir una nueva

aventura. Así ocurría siempre.

Pronto estuvieron todos reunidos en el cruce. Incluso Colin, que tenía que pedalear con una sola pierna. El último en llegar fue Jack, que miraba hacia atrás con visible preocupación.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Janet, notando su inquietud—. ¿Has tenido algún lío en tu casa?

—No. Es esa pelma de Sussy —suspiró Jack—. Dice que Jeff y ella irán esta misma mañana a la cueva. Ya os conté que mi madre me obligó a revelar el secreto delante de mi hermana. Y al enterarse que nosotros la habíamos abandonado, Jeff y ella decidieron apropiársela.

—¡Bah! Para ellos si la quieren —contestó Peter—. Que les haga buen provecho. A lo mejor les visita Albert y les roba todo lo que tengan. ¡Les estará bien empleado por meterse donde no los llaman!

—Aún no comprendo cómo se las arreglaba Albert para entrar en la cueva sin pasar por la entrada —dijo Janet—. Todos sabemos que entró por ella por lo menos una vez; Jack lo vio cuando jugábamos al escondite; pero no es posible que entrara por el mismo sitio la segunda vez, cuando nos robó tantas cosas. La tela de araña que tendimos estaba entera, como recordaréis.

—Nuestro querido amigo Albert debe de estar ahora en la posada «El Espantapájaros» —manifestó Peter—. Si encuentra allí lo que ha ido a buscar, no es probable que vuelva a la cueva.

—Mirad, ahí tenemos «El Espantapájaros» —anunció Pamela, que encabezaba la expedición—. ¡Qué posada tan pintoresca! Es del tiempo de Maricastaña. ¡Al ataque! ¡Qué aventura tan emocionante!

La posada «El Espantapájaros»

Los Siete Secretos se fueron acercando a la vieja casa. Estaba medio en ruinas y tenía un aspecto romántico, de grabado antiguo. Sobre la puerta estaba el rótulo metálico, que el viento agitaba y hacía crujir como si se lamentase. En él destacaba un espantapájaros pintado, en medio de un campo. Junto a él podía leerse el nombre de la posada, ya medio borrado.

—«El Espantapájaros» —leyó Peter, saltando de su bicicleta—. Hemos llegado. Ahora, todos en busca de Albert.

Los muchachos apoyaron las bicicletas en la valla y penetraron en el patio exterior de la posada. No se oía el menor ruido. El recinto parecía desierto. Quizá sus habitantes estuvieran durmiendo todavía.

—Alguien se habrá levantado ya —opinó Colin.

—Mirad; allí hay unas gallinas picoteando.

Todos se acercaron a la puerta del edificio.

—Está cerrada —dijo Peter—. Y las ventanas también. Todo está herméticamente cerrado.

—Sin duda no está abierta para el público —opinó Jack—. Intentemos entrar por la parte trasera. Podemos despistar pidiendo un vaso de agua o preguntando por un camino, si es que vemos a alguien.

Dieron la vuelta al edificio y llegaron a un pequeño patio trasero. En él había una mujer tendiendo ropa. Tenía aspecto desagradable, con el cabello gris y la cara de pocos amigos.

Peter carraspeó y preguntó con voz humilde y suplicante:

—¿Sería tan amable de darnos un poco de agua, señora?

—Ahí está el pozo. Sacadla vosotros mismos —contestó secamente la mujer.

—Muchas gracias —dijo Peter. Y preguntó—: ¿Está cerrada la posada?

—Sí, desde hace meses —repuso la vieja, mientras escurría una camisa que iba a tender—. Me quedé para cuidar de esto. No es nada agradable vivir en esta soledad. Sois los primeros con quienes hablo desde hace seis semanas, aparte el lechero y el chico de la tienda.

—Por casualidad ¿ha visto usted a un tal Albert? —preguntó Peter con el acento más inocente.

—¡Eres un descarado! ¡Vaya un modo de tratar a mi marido! Tú no eres quién para llamarle Albert a secas. Para ti es *mister* Larkworthy. Si seguís faltándole, haré que os arregle las cuentas. Mirad, ahí viene.

Los Siete Secretos vieron salir de la casa a un viejo encorvado que se apoyaba en un grueso garrote. Andaba pesadamente. Ellos no eran unos descarados. ¿Cómo podían adivinar que el marido de aquella mujer se llamaba Albert?

—No nos referíamos a su esposo, señora: puede creernos —dijo Peter—. Estamos citados con un hombre joven llamado Albert, y teníamos que vernos aquí.

—¡Basta ya de tonterías, mocosos! ¡Largo de aquí, si no queréis que mi marido os eche a puntapiés ahora mismo!

Los siete optaron por obedecer y, después de inspeccionar los alrededores, volvieron a sus bicicletas nuevamente.

—¿Qué te parece, Peter? —preguntó Jack—. ¿Crees que verdaderamente es aquí adonde tenía que venir Albert?

—No; me parece que hemos seguido una pista falsa. Esa vieja gruñona decía la verdad. Seguro que no ha visto a nadie en mucho tiempo. Me quedé de piedra cuando nos dijo que su marido se llamaba Albert. Comprendo que le pareciéramos mal educados.

—Yo he inspeccionado el jardín de la posada —dijo Jorge—, y se ve claramente que nadie ha desenterrado nada allí. Todo está cubierto de hierbajos. No hay la menor huella de que se haya cavado en ninguna parte.

—También yo me he fijado en eso —asintió Peter—. Desde luego, estamos despistados. Ahora debemos reflexionar. ¿Qué podemos hacer? Si supiéramos por dónde anda Albert en este momento, podríamos trazar algún plan.

—Desde luego, no hay que buscarlo por aquí —dijo Jack, y añadió burlonamente—: Seguro que está en nuestra cueva, donde habrá dado un gran susto a Sussy y Jeff.

—Me gustaría que acertases —dijo Peter, malhumorado—. Se lo merecerían ese par de fisgones.

—Bueno, Peter, ¿qué hacemos? —dijo Janet—. ¿No te parece que puede ser un verdadero espantapájaros el sitio que mencionaron esos hombres?

Peter reflexionó.

—Quizá tengas razón. Estaba tan seguro de que se trataba de esa vieja posada, que no pensé que también podría ser un verdadero espantapájaros.

Pero no podemos recorrer la comarca buscando todos los espantapájaros que hay en los campos.

—Sí que podemos —afirmó Colin—. Debemos separarnos e ir cada uno por un lado. En cada espantapájaros que veamos observaremos si la tierra que le rodea está removida. Porque lo lógico es que el tesoro esté escondido al pie mismo del espantapájaros.

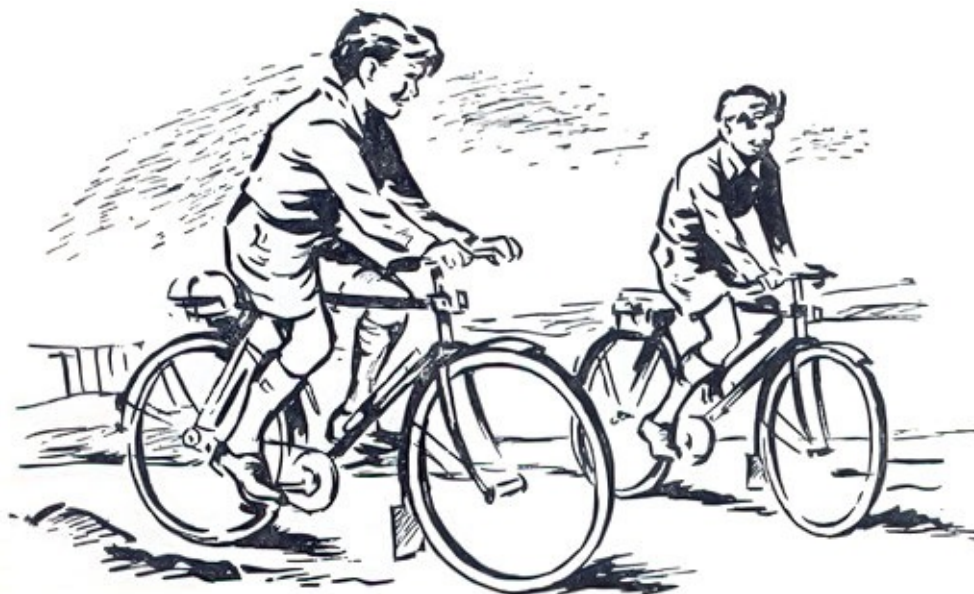
—¡Claro! Sólo así se puede volver a encontrar el escondite después —convino Peter—. Si el botín de un robo se esconde en el campo abierto, hay que dejar alguna señal, y esto ha de llamar la atención del dueño del campo. Un espantapájaros, en cambio, es una señal visible que no infunde sospechas, y el agricultor no puede saber hasta la siega si se ha removido la tierra alrededor de él.

—Claro —asintió Jorge—. Ya sabemos que el ladrón esperaba recuperar su tesoro antes de la siega. Bueno, ¿empezamos la busca de espantapájaros?

—Sí —dijo Peter—. Pero cuidado con los labradores. No conviene que nos vean acercarnos a sus fantoches.

Todos se pusieron en marcha. Mientras pedaleaban, Peter daba órdenes.

—Tú, Colin, y tú, Jack, tomaréis el camino de Poniente. Vosotras, Pamela y Bárbara, el de Levante. Jorge irá solo hacia el Norte, y Janet y yo volveremos al cruce de los caminos para dirigirnos hacia el Sur. Así recorreremos casi todos los campos de esta comarca. A las dos y media volveremos a reunirnos en la glorieta de nuestro jardín.



Se dispersaron de acuerdo con este plan.

—¡A la caza de espantapájaros! —dijo alegremente Colin—. ¡Vaya juego divertido! ¿Cuántos crees que recorreremos, Jack?

Los siete pasaron un buen rato dedicados a estas investigaciones. Pamela y Bárbara encontraron en seguida un espantapájaros realmente espantoso, con su chaqueta flameando al viento. Parecía un loco. Se acercaron y examinaron la tierra que lo rodeaba. Estaba dura y nada denotaba que se hubiera excavado allí.

Colin y Jack hallaron dos. Uno de ellos estaba en un terreno cercano, y aunque se dijeron que no era fácil que fuera aquél, entraron a investigar. En aquel momento apareció un hombre con un rastrillo al hombro. Al ver a los dos muchachos, les gritó:

—¿Qué hacéis aquí? ¡Largaos en seguida! Esto es una propiedad particular. A lo mejor sois los granujas que saquearon ayer mis coliflores...

—No —contestaron a dúo—. ¡Sólo hemos entrado para ver el espantapájaros!

—¡Ya os daré yo espantapájaros si os vuelvo a ver por aquí!

Colin y Jack huyeron a toda marcha. El siguiente espantapájaros que vieron estaba rodeado de trigo verde. Apenas se acercaron, apareció un campesino con un perro. Antes de que el perro les atacara, los dos muchachos tuvieron tiempo de ver que el terreno estaba intacto.

—¡Sinvergüenzas! ¡La próxima vez que os vea en mi terreno os acordaréis de mí! —les amenazó el campesino mientras huían.

—La verdad, Jack; este trabajo no me gusta nada —dijo Colin, al que estaba haciendo rabiarse su rodilla con tanta carrera—. Por segunda vez hemos tenido que huir

y mi pierna está que trina.



Jorge seguía su ruta. Había creído ver un espantapájaros en medio de un terreno de cultivo. Bajó de su bicicleta y se deslizó, arrastrándose junto a un seto, hasta llegar al lado del hombre de imitación. Pero se encontró con un hombre auténtico que en aquel momento se puso a cavar.

—¡Oh, perdone! —dijo el muchacho, confundido—. Le había tomado por un espantapájaros.

El campesino, irritado ante el insulto, lanzó una paletada de tierra al intruso. Jorge quedó cubierto de tierra de pies a cabeza y tuvo que sacudírsela y que escupir, pues incluso en la boca le había entrado.

—¡Maldita sea! —refunfuñó Jorge mientras salía huyendo—. ¡No es tan divertido este juego como yo creía!

Peter y Janet habían encontrado cuatro espantapájaros, pues el camino que siguieron corría entre vastos terrenos de cultivo. Inspeccionaron atentamente la tierra alrededor de los espantapájaros. Uno de ellos había hecho sonreír a Janet, porque sobre su grotesco sombrero había un nido de tordos. Era chocante: precisamente en la cabeza de un espantapájaros. Además, a Janet la cautivaron de tal modo las crías, que Peter se vio negro para arrancarla de allí. Los otros tres fantoches no tenían nada de particular y en ninguno había indicios de tierra removida.

Peter se sentía descorazonado cuando regresaba en compañía de Janet:

—Tantos espantapájaros como hemos visto, y ninguno es el que nos interesa —se lamentó.

Llegaron a casa exactamente a la hora de comer. Su madre se horrorizó al verles los zapatos llenos de barro. Lo habían recogido al andar sobre los húmedos terrenos de cultivo.

—¿Dónde os habéis metido? —exclamó, indignada—. ¡Cómo os habéis puesto!

¡Quitaos ahora mismo los zapatos y ponedlos a secar!

—No te enfades, mamaíta. Hemos ido a ver espantapájaros. Había uno que tenía un nido de tordos sobre el sombrero. Por eso nos hemos ensuciado los zapatos. Pero ya verás qué limpios los dejamos.

—Si tanto os interesan los espantapájaros, ¿por qué no vais a ver el que ha plantado el viejo James en nuestro campo de avena? —dijo el padre, que ya se había sentado a la mesa—. James me ha dicho que hay un nido de petirrojos en cada bolsillo.

—¿Y cómo lo sabe James? —preguntó, extrañada, Janet—. ¡Si está casi ciego! Ya no ve ni las nubes para predecir el tiempo.

—No lo creas, hijita: James pudo ver unas huellas que atravesaban nuestro campo y llegaban hasta el espantapájaros. Entonces fue cuando vio los nidos en los bolsillos de la chaqueta.

Peter exclamó:

—¿De modo que alguien atravesó nuestro campo y se acercó al espantapájaros? ¿Quién sería? ¿Y qué buscaría allí?

—¡Vete a saber! Hay tanta gente ignorante en la ciudad, que, cuando van por el campo, no saben distinguir la tierra cultivada. Sin duda fue uno de estos despistados el que se introdujo en nuestra propiedad.

Pero Peter estaba seguro de que el intruso era Albert. Se propuso ir a comprobarlo. Miró suplicante a su madre:

—¿Me dejas ir a ver los petirrojos, mamá?



La madre le miró severamente:

—¿Precisamente ahora, cuando vamos a comer? Ni pensarlo. No seas impaciente.

Los nidos no vuelan: después de comer seguirán estando donde están ahora.

Peter miró a Janet, que leía sus pensamientos.

—¿Cómo no se nos ocurriría pensar en nuestros propios espantapájaros? —exclamó—. Todos los días los vemos desde nuestras ventanas y...

Peter le dio un puntapié por debajo de la mesa y Janet enmudeció.

«¡Qué tonta! —se dijo—. He estado a punto de descubrirlo todo».

—¿A qué viene ese interés por los espantapájaros? —preguntó la madre, extrañada—. Quiera Dios que no os dure mucho, si siempre os habéis de ensuciar los zapatos de ese modo.



Peter y Janet esperaron impacientes hasta el final de la comida. Apenas les permitieron levantarse corrieron al jardín y se pusieron los zapatos que acababan de quitarse y que todavía estaban húmedos.

—¡Era nuestro propio espantapájaros el que teníamos que examinar! ¡Qué tontos hemos sido! ¡Me daría de bofetadas! —exclamó Peter—. Vamos pronto a reconocer el terreno que lo rodea. Me llevaré una pala por si acaso. Aunque me temo que llegaremos tarde. Albert puede haber estado ya allí. ¡Vamos!

¡Más difícil todavía!

Peter y Janet corrieron por el jardín y salieron por la verja del fondo. Contornearon el campo de patatas y, subiendo una pequeña cuesta, llegaron al campo de avena, cuyos verdes tallos brillaban como esmeraldas.

En medio se alzaba el espantapájaros plantado por el viejo James.

Llevaba un sombrero de la época en que James era joven, graciosamente ladeado. Vestía un jersey de rayas rojas y una chaqueta apolillada con dos grandes bolsillos. Un petirrojo salió volando de uno de ellos al acercarse Peter y Janet. Los destrozados pantalones golpeaban las patas de madera al recibir el azote del viento.

Su cabeza era un gran nabo en el que el viejo James había esculpido dos ojos, una nariz y una boca. La graciosa cara parecía hacer muecas a los muchachos, a modo de saludo. El viento agitaba y parecía hacer gemir al espantapájaros.

Pero Peter y Janet no prestaban atención al grotesco fantoche. Ni siquiera miraron los nidos de sus bolsillos. Sólo tenían ojos para la tierra que rodeaba sus patas de madera. Y Peter lanzó un gruñido semejante al que brotaba del viejo espantapájaros agitado por el viento.

—¡Diablo! Hemos llegado tarde, Janet. Alguien ha estado aquí antes que nosotros. Mira estas huellas recientes de pasos. No son sólo de las botas claveteadas de James, sino de otros zapatos de suela de goma. Los de Albert; estoy seguro.

—Sí, —afirmó Janet con la vista fija en el suelo—. Se ve que aquí la tierra se ha excavado profundamente, sin duda para enterrar o desenterrar algo. ¡Oh Peter! ¡Qué tontos fuimos! Debimos venir aquí en seguida.

—No habríamos adelantado nada —dijo Peter con acento sombrío—. Albert debió de venir durante la noche, cuando aún no nos habían informado Colin y Jack. No se habrá atrevido a venir con la luz del día. Él sabía de qué espantapájaros se trataba, pero nosotros no. ¡Y era precisamente el nuestro!

—¿Y si caváramos un poco para ver si ha quedado algo? —propuso Janet.

—No habrá nada —repuso Peter tristemente—. Sin duda, lo robado, fuera lo que fuese, estaría en un cajón resistente y protegido contra la humedad.

No obstante, empezó a dar paletadas, por si acaso. No encontró nada: sólo un gusano al que pareció sorprender el inesperado ataque.

—¡Qué rabia! Después de haber descubierto la pista, llegar tarde: cuando Albert ya se ha largado con su tesoro.

—Es verdad, Peter —exclamó Janet, desolada—. Ahora comprendo por qué el ladrón venía a nuestra cueva. Sabía que el tesoro estaba escondido en nuestra propiedad y sólo esperaba encontrarse con su compinche, con ese hombre llamado Jim, para que le indicara el sitio exacto del escondite.

—Sin duda es así, Janet —dijo Peter—. También parece natural que lo robado proceda de las propiedades vecinas. Hemos de averiguar si se cometió algún robo por estos alrededores últimamente.

Echaron una mirada a los dos nidos. Las crías aún no tenían plumas. Luego, Peter y Janet emprendieron el camino de vuelta.

Eran más de las dos y media. Los otros miembros del club estaban ya esperándoles en la glorieta. Todos quedaron consternados al oír las noticias de Peter.

—¡Qué le vamos a hacer! —exclamó Jack—. Nuestra expedición matinal en busca de espantapájaros ha fracasado en todos los sentidos. ¡Resulta que el botín estaba en vuestra propia finca! ¡Qué mala suerte hemos tenido! Si hubiéramos cavado anoche en sitio donde vosotros habéis cavado ahora, el botín estaría en nuestras manos y no en las de Albert.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Pamela—. Todo nos ha ido mal. Hemos perdido la cueva y hemos fracasado en las pesquisas.

—Yo me voy a la cueva —dijo Jack, levantándose—. Ahora me acuerdo de que me dejé allí la linterna. Estaba en una de las repisas que forman las rocas. Confió en que Albert no se la haya llevado. Es muy bonita y no quiero perderla. Voy a ver si aún está allí.

—Iremos todos —dijo Peter—. Así daremos una vuelta. Podríamos llevarnos palas y cubos y cavar en la arena. En algunos sitios está húmeda y podremos construir castillos y montañas.

A todos les pareció bien el plan y se fueron a la cantera cargados con cubos y palas. Jack se dirigió a la cueva y se detuvo en seco ante la entrada. Dentro había alguien: se oían voces llenas de agitación. Jack frunció el ceño. Había reconocido una voz: la de Sussy. ¡La muy chismosa!

Ahora vendrían las burlas y bromas de mal gusto. ¿Qué hacer? ¿Quién estaría con ella? Seguro que era Jeff. ¡Qué par de frescos! ¡Vergüenza debía darles andar husmeando en los secretos de los Siete!

Entró en la cueva enfurruñado. Sussy y Jeff estaban en el fondo, hurgando en las paredes. ¿Qué buscarían?



—¡Sussy! —gritó, furioso—. ¿Qué haces aquí?

Sussy se volvió y corrió hacia su hermano.

—¡Oh, Jack! ¡Cuánto me alegro de que hayas venido! Ha ocurrido algo espantoso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jack, impaciente—. Lo espantoso es que Jeff y tú hayáis tomado por asalto nuestra cueva.

—No te enfades, Jack. Te repito que me alegro de verte aquí —dijo Sussy con acento amistoso—. Escúchame. Jeff y yo vinimos por curiosidad y nos pareció una cueva estupenda. Entonces hicimos dos profundos hoyos para escondernos. El mío es éste. El de Jeff aquél. En espera de que llegais vosotros, nos metimos en los hoyos y nos cubrimos de arena. Sólo nos quedó fuera la nariz para respirar. Estuvimos un rato sin movernos ni hacer ruido, esperando que llegaseis para empezar a aullar y daros un susto.

Jack lanzó un gruñido.

—¿Eso es todo? Pues no me hace ninguna gracia tu historia.

—Escúchame hasta el final, Jack. Verás lo que ocurrió. Estábamos acechando como rateros vuestra llegada, con los ojos fijos en la boca de la cueva. Y entonces alguien llegó desde el fondo. Pasó por encima del cuerpo de Jeff y salió tranquilamente por la boca de la cueva.

—Y eso que nosotros sabíamos que la cueva estaba vacía cuando entramos —intervino Jeff—. Lo habíamos mirado todo para estar tranquilos. No hay ningún hueco en las paredes ni sitio alguno donde ocultarse. ¿Quién será ese hombre y por dónde demonios habrá entrado?

Jack escuchaba ahora con gran interés. ¡Vaya noticia! Se asomó a la boca de la

cueva y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Eh, venid todos! ¡Venid en seguida!

¡Intriga, emoción, misterio!

Peter, Janet y todos sus compañeros dejaron las palas y los cubos y acudieron a la llamada a todo correr.

—¿Qué pasa? —preguntó Peter.

Al ver a Sussy y a Jeff, se detuvo en seco y refunfuñó:

—¿Qué hacéis aquí vosotros? Esta cueva es nuestra y no vuestra.

—Espera, Peter —exclamó Jack—. Sussy me ha contado algunas cosas que debes saber. ¡Algo verdaderamente extraordinario!

Y seguidamente explicó lo que Sussy le había contado: que Jeff y ella se habían enterrado en la cueva vacía para gastarles una broma y que habían visto aparecer a un hombre por el fondo, el cual había recorrido toda la cueva y salido por la boca.

—De modo que tiene que haber un paso en el fondo de la cueva —concluyó Jack—. Aunque lo hemos mirado y remirado todo, cada vez estoy más convencido de que el paso existe. Oye, Sussy: ¿has oído algo momentos antes de que apareciera el individuo?

—Sí, he oído un golpe sordo. Y Jeff también.

—Como si alguien saltara sobre el suelo arenoso. Así —dijo Jeff, dando un salto para demostrar que al dar los pies contra el suelo, se oía un ruido especial.

—El paso secreto ha de estar en el techo de la cueva —dedujo Peter—. ¿Ha traído alguien su linterna?

—Toma la mía —dijo Jack—. La he encontrado donde la dejé.

Peter cogió la linterna y ordenó:

—Venid conmigo. Ahora mismo vamos a aclarar este misterio. Pero esperad. Tú, Colin, quédate de guardia en la entrada, no sea cosa que regrese nuestro hombre. Vigila con atención.

—De acuerdo —dijo Colin. Y fue a plantarse junto a la boca de la cueva, aunque hubiera preferido estar con los demás.

Todos se apiñaron en el fondo de la cueva. Peter dirigió la luz de la linterna hacia el techo, que era bastante alto en aquel lugar. Vio un saliente en la pared de roca y decidió encaramarse en él.

—Echame una mano —pidió Peter a Jack—. Y tú, Janet, sostén la linterna.

Con gran agilidad, trepó por la pared, alcanzó el saliente y se instaló sobre él. Janet le devolvió la linterna y Peter enfocó el techo. Lanzó un grito de sorpresa.

—¿Qué pasa? —preguntaron los de abajo ansiosamente.

—Hay un agujero redondo en el techo —exclamó Peter, gozoso—. Desde ahí abajo no lo podéis ver. Y asoma el extremo de una cuerda. Puedo cogerla.

Los de abajo estiraban el cuello, con el deseo de ver el agujero. Pero no lo vieron: el saliente lo ocultaba de modo que sólo Peter, que estaba sobre él, lo podía divisar. Peter estuvo unos instantes mirando el cabo de gruesa cuerda que salía del agujero y, guardándose la linterna en el bolsillo, gritó a sus compañeros:

—La cuerda es fuerte. Creo que podré subir por ella. Voy a probarlo.



Y lo probó. Asiendo la cuerda con ambas manos y ayudándose con los pies y las rodillas, atravesó el orificio y subió por una especie de canalón abierto en la roca. Peter recordó sus éxitos en la clase de gimnasia. Llegó a un escalón de la pared del ancho tubo y se sentó en él para descansar un poco. Luego se puso en pie y miró por el orificio de salida del pozo. Vio otra cueva. Sacaba la cabeza por el agujero abierto en el suelo de la segunda caverna. Es decir, que había dos cuevas, una arriba y otra abajo, unidas por una especie de túnel vertical.

Peter habló a gritos a sus amigos. Pero su voz apenas llegaba abajo.

—¡Escuchad! ¡Hay otra cueva aquí arriba! ¡Es más pequeña! ¡Veo algunas de nuestras provisiones, nuestros cojines y nuestros libros y revistas! ¡También hay una saca de correos que parece estar llena!

—¿Qué? ¡No se entiende! —gritaron sus compañeros, nerviosos e irritados.

—¿Qué dices, Peter? —preguntó Janet—. ¡Habla más claro! ¿Qué hay ahí arriba?



Peter bajó por la cuerda hasta llegar al saliente más bajo. Desde él saltó al suelo. Apartó a sus compañeros, que se había arrojado sobre él, y se dirigió a la puerta. Necesitaba respirar aire puro.

—¡Cuenta, por favor! ¿Qué has visto allí arriba? —preguntó Jack, ansioso—. Te hemos oído gritar, pero no hemos entendido ni una palabra.

—Hay otra cueva —repuso Peter—, y todas nuestras cosas están allí. Albert usaba los cojines para dormir, pues allí el suelo es de roca. También hay una saca de correos, seguramente llena de valores. Sabe Dios el tiempo que llevaría enterrada al pie de nuestro espantapájaros.

—¡Eso sí que es un descubrimiento importante! —exclamó Janet con los ojos brillantes de emoción—. Ahora comprendo cómo pudo robarnos Albert nuestras cosas sin tropezar con la tela de araña. ¡Qué agradable sorpresa recibiría! ¡Verse servido en bandeja de todo lo que necesitaba: comida, bebida, cojines, incluso libros!

...

—¡Escuchad! —dijo Peter, muy serio—. Hemos de tener en cuenta que este tipo puede volver de un momento a otro. ¡Claro que no se atreverá a entrar si sospecha que estamos aquí! Yo voy a contárselo todo a mi padre, y él irá a denunciarlo a la policía. Entre tanto, vosotros no os mováis de aquí. Así, Albert no podrá llevarse el cuerpo del delito. Os dejó también a «Scamper».

—De acuerdo —repuso Jack haciéndose cargo del mando del grupo—. Si viene Albert, armaremos un gran escándalo para asustarle. Es magnífico que hayas encontrado la cueva de arriba. Y ¡qué ágil eres, Peter!



—No me negaréis que fui yo quien os puse sobre la pista —dijo Sussy—. Me llevé una verdadera alegría al ver llegar a mi hermano.

—Aunque hiciste mal en colarte en nuestra cueva, reconozco que esta vez nos has sido útil al explicarme vuestra aventura —dijo Jack con calma—. Ahora bien, si quieres quedarte con nosotros has de darnos tu palabra de que siempre te portarás bien. ¿Has oído?

—Sí, señor maestro —acató Sussy—. Seré buena chica y...

—¡Basta! —la atajó Jack—. Si empiezas con tus burlas, os echaré a los dos: a ti y a Jeff.

Sussy miró a su hermano y enmudeció. Todos guardaban silencio, pensando en lo que acababa de ocurrir. Pero luego se acordaron de la recomendación de Peter de hacer mucho ruido para que Albert no se atreviera a entrar en la cueva en busca de la saca, y empezaron a reír y parlotear.

Entre tanto, Peter corría como un rayo en busca de su padre.

—¡Papá! —gritó al verle junto al granero—. ¡Óyeme, papá! He de decirte algo muy importante.

Un magnífico final

Al principio, el padre de Peter apenas entendía a su hijo, tal era la precipitación con que el muchacho hablaba. Pero al fin comprendió y llamó a su mujer.

—¿Quieres decir por teléfono a la policía que vaya inmediatamente a la cueva de la cantera? —le dijo—. Yo voy hacia allí con Peter. Cuando vuelva te explicaré lo que ha pasado.

Dicho esto, se puso en camino con el nervioso Peter, que iba saltando de impaciencia. Pronto llegaron a la cueva donde los demás les esperaban ansiosamente, hablando a voz en grito. La cortina de ramas se levantó y el padre de Peter pudo ver el interior de la cueva.

—Me había olvidado de esta vieja cueva —dijo—, aunque vine infinidad de veces a jugar aquí cuando era un muchacho como vosotros. ¿Estás seguro de que hay otra encima, Peter? No lo sabía. Y eso que pasé aquí tardes enteras.

—Lo mismo nos pasó a nosotros —dijo Janet—. Entra y verás el agujero por donde se pasa a la cueva de arriba.

—Habíamos escogido este sitio como local para las reuniones de los Siete Secretos —explicó Peter— y no comprendíamos quién nos robaba las cosas, ni cómo lo hacía. ¿Quién iba a pensar que el ladrón se escondía en otra cueva que había sobre ésta? Hay allí una saca de correos, papá. ¿Crees que ese individuo la habrá robado?

—Seguro. Lo mejor será dejarla donde está hasta que venga la policía —dijo el padre de Peter—. ¿Quién sabe el tiempo que llevará escondida aquí?

—No, papá —observó Peter—. Está aquí desde la noche pasada únicamente. Antes estuvo enterrada junto al espantapájaros de nuestro campo de avena. Lo sé, papá.

—¡Ah, caramba! —exclamó el padre—. Ahora comprendo vuestro repentino interés por esos monigotes. Supongo que tu madre habrá telefoneado ya a la policía. Acércate al camino a ver si vienen.

Peter echó a correr a través de la cantera con «Scamper» pegado a los talones. Pero el perro lo abandonó a medio camino para dirigirse a un montículo donde empezó a ladrar furiosamente. Peter le siguió y vio en el suelo una especie de fardo. Pero cuando «Scamper» se arrojó sobre aquello, aparecieron unas manos, unos pies y una cabeza.

—¡Llámalo! —dijo una voz—. Llévatelo de aquí.

—¿Quién es usted? —preguntó Peter, sujetando al perro por el collar—. ¡Ah, ya sé! Usted es Albert, ¿verdad? Y estaba esperando a que nos fuéramos todos para abrir la saca de correos, llenarse los bolsillos y huir. Usted creía que...

—Mire, sargento —dijo una voz recia—. ¿Quién es ese tipo cubierto de arena? ¡Ah, ya! Seguro que es Albert Tanner. Te andábamos buscando desde el último robo de Correos.



Era el inspector de policía. Detrás de él había un forzado sargento con una actitud de absoluta indiferencia, como si lo que ocurría fuera cosa natural y corriente.

El inspector se volvió hacia Peter y le dio unos golpecitos cariñosos en la mejilla.

—¡Hola, Peter! Cuando ha llamado tu madre he comprendido que habrías resuelto algún nuevo caso. ¿Tiene que ver algo con tu asunto este Albert?

—Sí, señor —dijo Peter—. Le ruego que vaya a la cueva. Mi padre está esperándole.

—Lleve a este individuo hacia allí, sargento —ordenó el inspector.

El sargento condujo a Albert a la cueva. Al verle, el padre de Peter lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Caramba, si es Albert Tanner! ¿No le dije que no quería volver a verle por estos contornos, Albert?

—¿Le conocía usted? —preguntó el inspector sacando su cuaderno de notas.

—¡Ya lo creo! —repuso el padre de Peter—. Vivió cerca de aquí, en una casa de campo, y trabajó para mí durante varios años. Pero su comportamiento dejó tanto que desear, que me vi obligado a despedirle.

—¡Por eso conocía la cueva! —exclamó Peter—. E incluso sabía que había otra arriba. La debió de explorar entonces, subiendo por la cuerda como he hecho yo.

Albert no dijo nada. Estaba encogido, pálido, atemorizado. El inspector le miró un instante y se volvió hacia el padre de Peter.

—Este hombre, con ayuda de un compinche suyo, cometió un robo en Correos. El otro escondió la saca en algún sitio con ánimo de recogerla tan pronto como se calmara el revuelo producido por el robo. También él trabajó en esta finca. Su nombre es Ted Yorks.

—¡Ted Yorks! Cierto: trabajó aquí hace años —dijo el padre de Peter—. Era también un mal sujeto, pero fue empleado mío durante mucho tiempo porque como obrero del campo era excelente.

—Bueno, pues, como iba diciendo, Ted y Albert planearon y cometieron el robo —continuó el inspector—. Después escondieron la saca de correos para recogerla

oportunamente y repartirse el contenido entre los dos. Pero Ted cayó en manos de la policía y se le encerró en la cárcel, donde todavía está.

—Pero ¿cómo se las arreglaría para enviar a Albert aquella nota en la que le decía cómo podía enterarse del sitio donde estaba escondida la saca? —exclamó Peter—. En fin, el caso es que se la mandó... ¡Ahora lo veo todo claro! Albert vino a esconderse en esta cueva hasta recibir las noticias de Ted, porque sabía que la policía le buscaba.



—Y cuando recibió la nota de Ted —dijo Jack—, acudió a la cita con Jim frente al edificio de Correos, y entonces se enteró de que tenía que buscar el botín en el espantapájaros. Yo oí cómo Jim decía: «El espantapájaros. Allí está». Desde luego, Albert sabía que se trataba de vuestro espantapájaros.

—Estos muchachos están enterados de todo lo que a ti te concierne, Albert —dijo el inspector, fijando la vista en el sombrío semblante del ladrón—. ¿Dónde guardaste la saca después de desenterrarla, Albert?

—Yo no sé nada —repuso éste—. No sé a qué saca de correos se refiere, y es inútil que me pregunten.

—Voy a buscarla. ¿Me lo permite, señor inspector? —preguntó Peter. Este miró al niño con un gesto de admiración.

—Pero ¿tú sabes dónde está la saca de correos? Bien, tráela en seguida.

Peter corrió al fondo de la cueva, trepó por la pared, subió por la cuerda y desapareció. Pronto se oyó su voz desde arriba.

—¡Atención todos! ¡Saca de correos en camino!

En seguida se oyó un golpe sordo, al chocar la saca contra el suelo arenoso. A causa del golpe se abrió y las cartas y paquetes que contenía se desparramaron.

—¡Caramba! ¡Esto es pura magia! Oye, Peter ¿hay algo más en camino?

Peter bajó por la cuerda riendo.

—No, señor: esto era lo único. Es el cuerpo del delito, ¿no?



—Sí —dijo el inspector—. Bueno, Albert, lo siento, pero no podrás volver a robar sacas de correo en mucho tiempo. Lléveselo, sargento.

Este se llevó a Albert, que iba ceñudo y silencioso.

—¿Quiere venir a casa, inspector? —dijo el padre de Peter—. Tenemos que explicar a mi mujer todos estos emocionantes acontecimientos. Peter, aquí tienes una libra esterlina. Invita a tus amigos a una merienda. Habéis hecho un buen trabajo y os lo merecéis.



El padre de Peter se fue con el inspector, una vez que éste hubo estrechado cariñosamente la mano de los siete. Peter se encaró con sus amigos, muy satisfecho, blandiendo el billete.

—¡Mirad esto! ¡Vamos a merendar! ¡En marcha!

Sussy y Jeff salieron de la cueva con los Siete Secretos. Jack detuvo a su hermana.

—Tú no vienes con nosotros, Sussy. Nosotros somos los Siete Secretos y tú no perteneces a nuestro club. ¡Vete a casa!

—¡Oh! —exclamó Janet, viendo la cara compungida de Sussy—. ¿No podría venir sólo hoy con nosotros? Recordad que fue ella la que nos dio la pista del escondrijo de Albert.

—No, no puede venir porque los Siete Secretos han de ser sólo siete. Además, Sussy no haría más que burlarse de nosotros, que es lo que hace siempre. Y Jeff haría lo mismo. No quiero que venga.



—Te prometo no burlarme. Ya me he convencido de que valéis mucho. Dejadme ir —suplicó Sussy—. Quiero conocer todos los detalles de esta emocionante aventura. Os prometo que no haré nada que os pueda molestar.

—Puedes venir, Sussy —dijo Peter, magnánimo, y hablando como jefe del Club—. Y Jeff también. Os aseguro que es una historia digna de oírse. Habremos tomado cuatro helados cada uno antes de llegar al fin. Es una aventura estupenda. No tendrás más remedio que reconocerlo, Sussy.

Y, en efecto, Sussy quedó convencida de que la aventura había sido extraordinaria y los Siete Secretos una cosa muy seria.

¿Verdad que vosotros también lo creéis?



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían en sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es más corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.